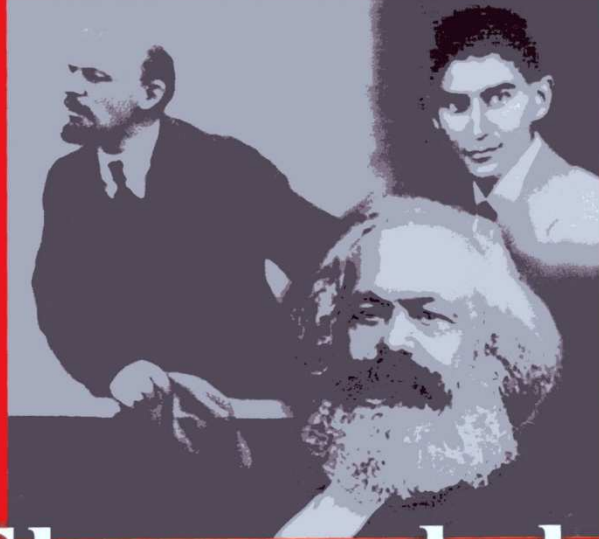


Enrique Arenz



El error de los intelectuales

Ensayo sobre el síndrome izquierdoso, la condición “amoral” del capitalismo, el mito del “neoliberalismo”, la incultura como proyecto, el deber moral de acabar con la pobreza y las utopías de la Iglesia

EDITORIAL DUNKEN

Enrique Arenz

*El error de los
Intelectuales*

Ensayo

Editorial Dunken
Buenos Aires
2004

Cubierta: Carlos Marx, Lenin y Franz Kafka
(*Marxismo-leninismo: un delirio kafkiano*)

Diseño de Tapa: Enrique Arenz

E-mail del autor: Enriquearenz@gmail.com

Página web del autor: www.enriquearenz.com.ar

Editorial Dunken - Ayacucho 357 - Capital Federal

Tel/Fax: 4954-700 - 4954-7300

E-mail:

Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

© 2004 Enrique Arenz

ISBN

PALABRAS PRELIMINARES

Los temas de este libro los medité y desarrollé en ensayos y artículos periodísticos publicados principalmente en el diario LA PRENSA, entre 1984 y 1994. Seleccioné de entre cientos de esos trabajos, aquéllos que a mi juicio tienen permanencia y actualidad. Fusioné algunos, amplié o resumí otros, incorporé nuevas ideas en casi todos, corregí errores que se deslizan siempre en el apresurado trabajo periodístico y, finalmente, logré componer este volumen que reúne y examina importantes controversias irresueltas de la Argentina actual.

En el final transcribo textualmente algunos de aquellos trabajos, con indicación de la fecha en que fueron publicados. Es que al releerlos me pareció que merecían ser salvados del olvido. Lozanos y hasta premonitorios, creo que son los artículos más aceptables de cuantos he escrito en tantos años, si es que algo de ese esfuerzo intelectual merece rescatarse.

Pido disculpas por algún concepto desconsiderado o hiriente. Como liberal, estoy moralmente obligado a ser tolerante con las ideas y opiniones de los demás.

Siempre he tenido como admirable ejemplo el gesto de Miguel de Unamuno quien, durante el gobierno de la República española, asistió nada menos que a un acto de la Falange con el propósito caballeresco de rendir un sincero homenaje al hijo de un viejo adversario falangista.

¡Y qué decir del liberal español Gregorio Marañón, quien escribió el prólogo del libro ALMAS ARDIENTES del nacionalista belga, exiliado en España, León Degrelle!

No sé si hago aquí honor a ese valor superlativo; pero he preferido no atenuar nada. Es que la hora requiere definiciones claras y firmes. Es serio el riesgo de que la Argentina ingrese en una zona oscura de autoritarismo, se aíse del mundo global, intente reestatizar su economía, descalifique la cultura como prioridad institucional, mire hacia la noche de su pasado reciente con rencor y parcialidad, aliente el desorden social y la violencia callejera, y estigmatice toda opinión disidente como conspiración desestabilizadora.

En apenas unas semanas, mientras terminaba de corregir este ensayo, se precipitaron desbordes alarmantes: al cotidiano corte de rutas y puentes, «recuperaciones» de empresas, liberación de peajes, bloqueo de boleterías ferroviarias y extorsiones a supermercados, protagonizados a diario por «piqueteros» de distinto caudillaje, se sumaron en escalada dos ataques contra la sede central de Repsol YPF, uno de los cuales destruyó el frente del edificio y produjo un incendio; la ocupación simultánea de varios locales de la cadena Mc Donald's; la invasión, por un grupo violento, del Patio de Armas del Edificio del Ejército; el incendio de un patrullero por una turba barrial en Isidro Casanova, el copamiento piquetero de la comisaría 24ª de La Boca, la toma extorsiva de un casino en el Chaco, y por último (último hasta hoy, 17 de julio) el ataque a la Legislatura porteña. Vandalismos con sabor a gimnasia pre revolucionaria, consentidos por las autoridades que no quieren o no pueden imponer el orden y hacer respetar la ley.

No creo que estos compadres de pocas luces puedan liderar una revolución. Pero, ¿son acaso piezas de ajedrez en el tablero

del actual gobierno, o el gobierno ha perdido la calle? Ambas alternativas son peligrosas. Por eso debemos ponernos en guardia y salir a defender nuestra libertad, nuestro estilo de vida y nuestro derecho a disentir y a expresar sin miedo nuestras ideas y convicciones.

E. A.

Mar del Plata, 17 de julio de 2004

EL SÍNDROME IZQUIERDOSO

El mundo comunista se desintegró como lo que fue: una larga pesadilla kafkiana. Cayó el muro de Berlín, la hoz y el martillo fueron descujados de las banderas de sufridas naciones del Este, el tirano rumano Ceausescu fue llevado al paredón, desapareció la URSS, China se vuelve capitalista (aunque sin democracia) y Cuba languidece en una crepuscular dictadura sin destino ni gloria.

Fue como el alba que barre las sombras y disipa los miedos nocturnos. Y sin embargo, como insensible ante estos dramáticos acontecimientos, parte importante de la sociedad occidental, pero particularmente de nuestra sociedad, sigue padeciendo el *síndrome izquierdoso*.

¿Qué es el tal síndrome izquierdoso? Se me ocurrió denominar así a cierta perturbación colectiva que debilita la capacidad de discernimiento del hombre medio y lo inclina hacia la gradual aceptación —irreflexiva, contradictoria, casi infantil— de formas, proyectos, ideas y soluciones utópicas de índole socialista.

Esta transubstanciación deriva, en los distintos grupos sociales, de al menos una de las siguientes causalidades:

- 1. La causalidad psicológica;**
- 2. El rechazo de la igualdad ante la ley; y**
- 3. El error de los intelectuales.**

Analizaremos cada una de ellas:

La causalidad psicológica

Empecemos por los militantes y activistas de esos grupos minoritarios de ultraizquierda que son los trotskistas, los maoístas, los comunistas ortodoxos (o estalinistas), los castristas y algunos anarquistas violentos. Como ajenos a la realidad del gran fracaso mundial del marxismo, miles de argentinos honestos y bien intencionados entregados a estas ideologías, apasionados exégetas de los derechos humanos pero al mismo tiempo incondicionales admiradores y defensores de Fidel Castro, el peor violador de tales derechos en nuestro tiempo, siguen obsesionados con la paciente obra de demolición de eso que Antonio Gramsci llamó *la superestructura*, es decir, todo aquel conjunto de valores y jerarquías que forman parte de nuestra cultura y estilo occidental de vida: nuestras creencias profundas, nuestra fe religiosa, el concepto de familia cristiana, etcétera.

Curiosamente estos pequeños partidos son altamente fraccionables, en parte por el excluyente protagonismo de sus caciques, pero sobre todo por su cerrado dogmatismo que no admite matices ni opiniones divergentes entre sus propios militantes.

Una advertencia: no estamos hablando de los tenebrosos y siempre anónimos cerebros del terrorismo internacional, esos gélidos y deshumanizados profesionales de la revolución permanente cuyo grito de guerra es y ha sido siempre «¡Viva la muerte!» (*ETA, Sendero luminoso*, las *FARC* colombianas, *Brigadas Rojas* y los temibles grupos integristas islámicos, entre otros; como lo fueron en nuestro país el *ERP*, *Montoneros* y otras organizaciones subversivas en los años '60 y '70), que tan-

to ponen un arma en las manos de un jovencito idealista como se infiltran en las instituciones religiosas o se asocian con el narcotráfico internacional. Estas *elites* siempre actúan en la oscuridad, disponen de santuarios para descansar y entrenarse y pasan astutamente inadvertidas en las sociedades democráticas donde conviven en círculos áulicos y disfrutan de una buena vida y mucho dinero.

No, a lo que me refiero es a ese otro grupo de activistas que todos conocemos, esos que dan valientemente la cara, que arregan a los obreros en las fábricas, que pintan paredes en agotadoras jornadas nocturnas y que distribuyen panfletos crispados y apocalípticos y sueñan con la revolución proletaria. Hablo de algunos amigos míos echados a perder (hoy ya hombres grandes y tan necios, amargados y candorosos como siempre) y de tantos otros, jóvenes y viejos bien intencionados, honestos, auténticos en su equivocada causa. ¿Qué los lleva a transformarse en dóciles instrumentos de aquellas siniestras *elites*, cuyos crímenes y violaciones sistemáticas de los derechos humanos jamás repudian ni denuncian?

El filósofo y economista austríaco Ludwig von Mises advirtió en 1927 que la tendencia de muchas personas hacia la militancia de ultraizquierda tiene raíces profundamente psicológicas. En su libro *Liberalismo* este notable pensador afirma que las raíces del antiliberalismo no son de orden racional sino producto de cierta disposición mental generada por dos patologías: **el resentimiento**, por una parte, y lo que él llamó **el complejo de Fourier**, por la otra. A la primera patología Mises no le atribuye mucha peligrosidad. La describe de la siguiente manera:

«Está uno resentido cuando odia tanto que no le preocupa soportar daño personal grave con tal de que otro su-

fra también. Gran número de los enemigos del capitalismo saben perfectamente que su personal situación se perjudicaría bajo cualquier otro orden económico. Propugnan, sin embargo, la reforma, es decir, el socialismo, con pleno conocimiento de lo anterior, por suponer que los ricos, a quienes envidian, también padecerán. ¡Cuántas veces oímos decir que la penuria socialista resultará fácilmente soportable ya que, bajo tal sistema, todos sabrán que nadie disfruta de mayor bienestar!»

Esta actitud mental, sin embargo, puede ser combatida por medio de la lógica, según nos lo explica el propio Mises, haciéndole ver al resentido que lo que a él le interesa es en verdad mejorar su propia posición, sin tener en cuenta que los otros prosperen aún más.

El **complejo de Fourier**, en cambio, es cosa mucho más seria, ya que se trata de una verdadera enfermedad mental. Von Mises, que no era psicólogo pero sí un agudo observador de las acciones y conductas humanas, estudió esta perturbación mental (apenas advertida por el propio Freud) y la describió de la siguiente manera:

«Muy difícil es alcanzar en esta vida todo lo que ambicionamos. Ni uno por millón lo consigue. Los grandiosos proyectos juveniles, aunque la suerte acompañe, cristalizan con el tiempo muy por debajo de lo ambicionado. Mil obstáculos destrozan planes y ambiciones, la personal capacidad resulta insuficiente para conseguir aquellas altas cumbres que uno pensó escalar fácilmente. Diario drama es para el hombre ese fracaso de las más queridas esperanzas, esa paralización de los más ambicionados planes y la per-

cepción de la propia incapacidad para conseguir las tan apetecidas metas. Pero eso a todos nos sucede.

«Ante esta situación, uno puede reaccionar de dos maneras: odiando la vida por haberle negado la realización de los sueños juveniles, o siguiendo adelante con renovadas esperanzas. Aquellos que aceptan la vida como en realidad es no necesitan recurrir a piadosas mentiras que gratifiquen su atormentado ego (...) Si el triunfo tan largamente añorado no llega, si los hados, en un abrir y cerrar de ojos, desarticulan lo que tantos años de duro trabajo costó estructurar, no hay más solución que seguir trabajando como si nada hubiera pasado. El neurótico, en cambio, no puede soportar la vida como en verdad es. La realidad resulta para él demasiado dura, agria, grosera. Carece, en efecto, a diferencia de las personas saludables, de la capacidad para seguir adelante, como si tal cosa. Su debilidad se lo impide. Prefiere escudarse tras meras ilusiones».

Tras lo cual von Mises llega a la conclusión de que la teoría de la neurosis es la única que puede explicar el éxito de las absurdas ideas de Fourier, aquel socialista loco que sostenía en sus escritos que los bienes ofrecidos por la naturaleza eran superabundantes y no necesitaban ser economizados para asegurar a todos la abundancia y prosperidad. De allí deriva la confianza marxista en la posibilidad de un ilimitado incremento de la producción sin otro requisito que suprimir la propiedad privada.

Pero Mises va aún más lejos. Sostiene que *la mentira piadosa* tiene doble finalidad para el neurótico. Lo consuela, por un lado, de sus pasados fracasos, abriéndole, por otro, la perspectiva de futuros éxitos. El enfermo se consuela con la idea de que si fracasó en sus ambiciones, la culpa no fue suya sino del defec-

tuoso orden social prevalente. Espera lograr, con la desaparición del injusto sistema, el éxito que anteriormente no consiguiera.¹

Contra esto no se puede emplear la lógica. Ello explicaría el por qué es imposible convencer a un marxista aún cuando utilizemos los más sólidos argumentos para demostrarle su error. El neurótico se aferra de tal manera a su utopía que de tener que optar entre la ensoñación y la lógica, no vacila en sacrificar esta última, pues la vida, sin el consuelo que el ideario socialista le proporciona, resultaría insoportable.

Efectivamente, el marxismo le dice al fracasado que de su fracaso él no es responsable, sino la sociedad. Este consuelo le permite recuperar su perdida autoestima, liberándolo del sentimiento de inferioridad que, en otro caso, lo atormentaría.

Recordemos que los textos socialistas no sólo prometen riqueza para todos, sino también amor y felicidad, pleno desarrollo físico y espiritual y, oh sorpresa, la aparición de abundantes talentos artísticos y científicos. Precisamente León Trostky escribió lo siguiente en su ensayo *Literatura y revolución*:

«En la sociedad socialista el hombre medio llegará a igualarse a un Aristóteles, un Goethe o un Marx. Y por encima de tales cumbres, picos aún mayores se alzarán».

¹ En nuestro país, en la trágica década de los setenta, muchos psicólogos y psicoanalistas comprometidos con la subversión, inducían a sus pacientes a luchar contra el «sistema», causante, según ellos, de sus neurosis y fracasos personales.

El rechazo de la igualdad ante la ley

Analícemos ahora cómo afecta el síndrome izquierdoso a la clase dirigente argentina, sector social que orienta y moldea la tendencia ideológica predominante del resto de la sociedad.

Pero a diferencia de los ingenuos activistas de izquierda y ultraizquierda, nuestra clase dirigente tiene mucha responsabilidad en su descuidada y, según veremos, egoísta manera de pensar.

Cuando las personas comunes, sobre todo las que pertenecen a la gravitante clase media, reciben la influencia de dirigentes afectados por el *síndrome izquierdoso*, actúan maquinalmente contra sus propios intereses, concepciones y formas preferidas de vida. Cada persona así condicionada se transforma en un destructor inconsciente de su propia libertad individual y de la cultura occidental.

Si escuchamos los discursos, opiniones o simples comentarios de los dirigentes —particularmente juveniles y estudiantiles— de partidos políticos democráticos como la Unión Cívica Radical y el Justicialismo, por mencionar a los dos históricamente más importantes, advertimos la fuerte carga de resentimiento, prejuicio e ideologismo de izquierda que pesa abrumadoramente sobre todos sus pensamientos y proyectos. Desde el antinorteamericanismo más cerril hasta la antiglobalización y otras fobias absurdas que forman parte cotidiana del paisaje ideológico de los argentinos, son una prueba de cómo por influencia de sus dirigentes el argentino medio se apasiona en la defensa de posiciones que lo perjudican como integrante de una sociedad libre.

Pero no solamente los políticos tienen este problema. Los intelectuales, que analizo más adelante, piensan mayoritaria-

mente así. Toda la clase rectora argentina es, en términos generales, portadora semiconsciente, en mayor o menor medida, del *síndrome izquierdoso*. **Y digo semiconsciente porque en parte no saben lo que hacen y en parte sí lo saben, aunque no lo digan en voz alta. Y hasta quizás lleguen a engañarse a sí mismos.**

Piense el lector que políticos, periodistas, intelectuales, sindicalistas, empresarios, ejecutivos y gerentes de empresas privadas, funcionarios públicos, eclesiásticos, etcétera, componen el grupo de conducción de la sociedad. Se trata de gente con ciertas cualidades: creatividad, ambición, dinamismo, afán de perfección y personalidad afirmada. Si ellos fallan, toda la sociedad tambalea.

Pues bien, la clase dirigente argentina, en términos genéricos, exhibe una tendencia como natural a rechazar el sistema capitalista porque cree que en este sistema no son las personas de mayor mérito quienes alcanzan la riqueza y el prestigio. Como por lo general estas personas se sobrestiman, tienen mucho miedo al fracaso y a la humillación de la derrota. Por eso se resisten a admitir que en el sistema capitalista los únicos que habrán de decidir su suerte son los consumidores soberanos, y que esos consumidores no juzgan los supuestos méritos de las personas sino los servicios concretos que reciben de ellas.

Von Mises escribió en otro ensayo titulado *La mentalidad anticapitalista*:

«Al descontento que se queja de la injusticia del sistema de mercado cabría replicarles a manera de consejo: Si usted desea hacerse rico procure complacer al público ofreciéndole algo que le resulte más barato o que lo apetezca más. Intente superar la bebida Pinka-Pinka elaborando

otra mejor. La igualdad ante la ley lo faculta para competir con cualquier millonario. En un mercado no perturbado por medidas restrictivas del gobierno, sólo de usted depende superar al rey del chocolate, a la estrella de cine o al campeón de boxeo. Ahora bien, usted no es menos libre, si así lo estima mejor, para despreciar la riqueza que podría alcanzar en la industria textil o en el boxeo profesional a cambio de la satisfacción que tal vez obtenga componiendo poemas o redactando ensayos filosóficos. En este caso, naturalmente, no reunirá usted tanto dinero como ganan quienes se ponen al servicio de la mayoría».

Efectivamente, esa es la dura y a la vez justa ley del mercado. Los que satisfacen las apetencias de las minorías obtienen menos ganancia que aquéllos que buscan complacer los deseos del mayor número de personas. Guste o no a quien se cree un genio o pretende estar dotado de cualidades, misiones o virtudes superiores a las de los demás, cuando se trata de ganar dinero el gran deportista supera al filósofo y el libretista de tiras televisivas al profundo ensayista.

Conviene aclarar, sin embargo, que el capitalismo es un justo y equilibrado sistema de organización social que exige una alta eficiencia a los que van arriba, pero al mismo tiempo hace que los beneficiarios de esa eficiencia sean los que han quedado debajo.

En el sistema capitalista los individuos y empresas menos eficientes son subsidiados por los individuos y empresas más eficientes. Los más productivos ayudan a elevarse a los menos productivos, aún cuando esta generosa transferencia de recursos iguale hacia abajo el nivel de vida general en desmedro de los más eficientes.

Se trata de una curiosa y espontánea forma de solidaridad social propia del mercado libre cuyo principio es buscar la ganancia personal por el único medio posible de servir eficientemente a los demás.

El economista norteamericano Raymond Ruyer demuestra en su libro *Elogio de la Sociedad de consumo* que toda empresa de baja productividad que no sea barrida por la competencia, extrae automáticamente una especie de renta de las empresas más productivas. Este hecho puede observarse en la tendencia de todo mercado libre a la igualación de los salarios. Si no ocurriera así, un obrero de una fábrica de automóviles altamente automatizada y de gran productividad, debería ganar mucho más que un profesor de gramática que no ha aumentado su rendimiento desde hace siglos, lo cual no ocurre en las sociedades más desarrolladas.

La explicación es simple: por un lado, es necesario sustraer al profesor de gramática del mercado laboral de las fábricas de automotores, y la única forma de hacerlo es elevando su salario; por el otro lado, en el mercado libre impera la ley de los menores costos, y cuando las empresas reducen sus costos de producción acicateados por la competencia e impulsadas por el afán de lucro, los ahorros de capital así logrados benefician generosamente al conjunto de consumidores sin discriminar entre quienes han sido más o menos productivos en sus respectivas actividades laborales o empresariales. «*Un profesor de gramática —explica Ruyer— puede comprar ahora un automóvil no porque haya aumentado su rendimiento como profesor, sino porque los productores de automóviles han aumentado su rendimiento como productores*»

El capitalismo es, en definitiva, la aplicación acabada del principio de la **igualdad ante la ley**. Y el rechazo que sienten

particularmente los ricos por este sistema se debe a que la igualdad ante la ley los expone al fracaso. Efectivamente, saben que su posición en la vida depende pura y exclusivamente de ellos mismos, y que es precisamente el sistema de la igualdad ante la ley el que hace resaltar las desigualdades naturales existentes entre los hombres. Si fracasan es pura y exclusivamente culpa de ellos. Por eso siempre los sorprendemos exteriorizando cierta preferencia por el intervencionismo estatal al cual pueden culpar si las cosas les van mal.

En la Argentina, la clase dirigente fue la principal culpable de que por décadas se mantuviera un sistema **estatista - corporativo - inflacionario - prebendario** que finalmente estalló en la hiperinflación de 1989. Es que en este sistema, todos dependíamos de factores exógenos y no de nuestros propios méritos.

La crisis de 1989 que obligó al gobierno socialdemócrata de Raúl Alfonsín a abandonar el poder seis meses antes de finalizar su mandato constitucional, convenció a buena parte de la clase dirigente argentina de la conveniencia de aceptar las ideas liberales que venían predicando en soledad unos pocos políticos, economistas y pensadores lúcidos.

Pero, como era de esperar, quisieron cambiar tan sólo algunas cosas y dejar las otras como estaban. Aprobaban las privatizaciones, la apertura económica, la estabilidad monetaria y las desregulaciones que llevó a cabo el presidente justicialista Carlos Menem a partir de julio de 1989, pero cuando estas transformaciones les afectó algún privilegio individual o corporativo reaccionaron mostrando la hilacha de su preferencia por la adulteración del mercado y la supresión de libertades individuales siempre que sea en propio beneficio.²

Podemos comprender racionalmente que el sistema capitalista es el más justo y beneficioso para toda la sociedad, sobre

todo para los menos dotados y los que menos tienen. Sin embargo, en el momento decisivo aflora la poca confianza que parecemos tener en nosotros mismos y preferimos conservar los pequeños o grandes privilegios que todos hemos ido obteniendo —siempre a costa de los más pobres— del perverso y antisocial sistema con el que convivimos por más de medio siglo.

El *síndrome izquierdoso* nos induce a resistir los profundos cambios que deben realizarse. Con lo cual no hacemos otra cosa que exteriorizar nuestro miedo a quedar expuestos a ocupar en la vida el verdadero lugar que nos merecemos. La mediocridad servil, pero ilusoriamente estable y exenta de sobresaltos, parece preferible a la libertad con sus riesgos e incertidumbres.

El error de los intelectuales

Pero es en nuestros intelectuales donde este fenómeno cala en mayor profundidad. En unos por su *docta ignorantia* —según el sutil concepto de Nicolás de Cusa—; en otros, a causa de su excesivo especialismo, que no les permite ver lo que ocurre fuera de su estrechísimo campo de conocimientos; y en los más, por sus pequeños egoísmos y resentimientos personales.

«*El socialismo es un error de los intelectuales*». La contundente afirmación pertenece al economista y jurista austríaco, premio Nobel de Economía, Friedrich A. Hayek.

² Vean lo que sucedió con la industria automotriz: Las terminales le exigían a Menem libertad para importar autopartes porque así abarataban sus costos de fabricación, pero al mismo tiempo exigían restricciones para la importación de automóviles y, con el pretexto de que la industria automotriz representaba el 10 por ciento de nuestro PBI lograron un régimen de privilegio con cupos de importación. Por su parte, los autopartistas (aunque con menos suerte) pretendían el mismo privilegio

Por su parte Mises ya había demostrado la absoluta inviabilidad de la economía marxista en su monumental obra *El Socialismo*, con argumentos que nadie ha logrado refutar hasta hoy.

Ante todo reconozcamos que entre nuestros intelectuales no hay casi liberales. Unos pocos son *marxistas - leninistas - estalinistas*; otros son *socialistas de derecha* (un nazi, un neonazi, un fascista y ciertos nacionalistas ultracatólicos, son socialistas de derecha, con notables coincidencias ideológicas con sus mortales enemigos de la izquierda), pero la mayoría profesa un ambiguo, desteñido y contradictorio socialismo de izquierda, aunque se autocalifiquen de independientes, peronistas o radicales.

Veamos como el síndrome izquierdoso hace estragos en ellos.

Nuestra clase pensante³ está integrada —al igual que en todo el mundo— por una minoría talentosa y por miles de ilusos que escriben, componen música, dictan clases, dan conferencias, actúan en algún organismo científico del gobierno o investigan en un laboratorio, pero carecen de las cualidades indispensables para emerger del anonimato.

³ En 2004 se produjo un acontecimiento inédito y alentador: un grupo de intelectuales argentinos encabezados por los escritores moderados Marcos Aguinis y Juan José Sebrelli firmaron una declaración de condena al régimen de Fidel Castro por sus últimas violaciones a los derechos humanos (encarcelamientos de periodistas disidentes y fusilamientos de tres desdichados que secuestraron una nave para huir de la isla). Lo curioso fue que durante una reunión pública que estos escritores organizaron para debatir democráticamente sobre el tema, grupos de activistas de ultraizquierda impidieron su normal desarrollo con insultos, amenazas y actos de violencia incalificables, entre ellos la cobarde agresión que debió soportar el doctor Roberto Alemann que caminaba casualmente por el lugar. Ante las cámaras de televisión que registraban los acontecimientos, uno de los cabecillas, un hombre maduro con barba canosa, trató de «gusanos», entre otros epítetos, a los intelectuales que defendían el derecho de los cubanos de pensar diferente y de expresar libremente sus ideas. Y sobre la agresión al doctor Alemann dijo que éste se lo merecía porque había ido arrogantemente a provocarlos.

Todos ellos aspiran, como es propio de este tipo de personalidades, a cierta notoriedad y reconocimiento, por lo menos dentro del ambiente académico en el que se desempeñan.

Pero la mayoría no lo consigue. Quizás sus obras adolecen de falta de originalidad, o sus estilos resultan aburridos y ripiosos, o simplemente son de esos haraganes pintorescos que parlan y parlan pero nunca producen nada. Tal vez debieran dedicarse a otra cosa. Pero ellos no lo creen así, y nadie podría negarles el derecho a persistir obstinadamente en una vocación equivocada.

Lo malo es que el fracaso crónico los vuelve resentidos. Y la primera objeción que estos intelectuales formulan contra el sistema capitalista proviene, precisamente, de ese resentimiento: piensan que en una economía de mercado la sociedad es injusta con ellos al no reconocerles los méritos y altos valores que se atribuyen a sí mismos.

El escriba mediocre se resiste a aceptar que sus trabajos no despierten ningún interés en el público, apatía que en un país libre se manifiesta a través del rechazo de los editores. Estos pueden cometer errores —¡y de hecho esto ha ocurrido y seguirá ocurriendo con grandes autores!—, pero hay que admitir que el interés de los editores está en saber lo que el público quiere. Y es natural y lógico que antes de arriesgar sus capitales deban conocer los gustos y preferencias de la gente que compra libros.

Pero como los intelectuales tienen el prejuicio de que su actividad es superior en jerarquía a las otras actividades meramente económicas, no aceptan subordinar el éxito o fracaso de sus carreras a la decisión de los empresarios.

Es que el intelectual medio, encerrado en su reducido mundo (un intelectual no es necesariamente una persona culta [ver pág. 71]), no alcanza a percibir el mecanismo de la interdependencia social que dinamiza a la civilización occidental contemporánea.

Ignoran que en esta compleja interdependencia no hay fines últimos económicos, pues la economía se ocupa sólo de los medios para alcanzar nuestros fines superiores. Vean lo que escribió ese genio de la libertad que fue Juan Bautista Alberdi:

«No es el materialismo, es el espiritualismo ilustrado lo que nos induce a colocar los intereses económicos como fines de primer rango en el derecho constitucional argentino».

Los intelectuales por lo general desconocen que el empresario moderno está dotado de una insospechada dimensión intelectual —producto de la gimnasia de la competencia capitalista—, y que sus facultades mentales suelen alcanzar un desarrollo y exigencia superiores a las del escritor o artista medios.

Esto lo afirma Ludwig von Mises en su obra anteriormente citada, quien además hace allí una descripción asombrosa de la tendencia filomarxista de los grandes actores de Hollywood de su época, causada fundamentalmente por su miedo a la competencia que los expone a perder el favor del público y su fastuosa vida de millonarios.

«La incapacidad de muchos de los que a sí mismos se califican de intelectuales —escribió este autor— queda evidenciada en su limitación para apreciar las condiciones personales e intelectuales que se necesitan para dirigir con éxito cualquier empresa mercantil».

Miles de libros editados durante décadas por una editorial universitaria estatal con prescindencia de las preferencias del mercado, solían dormir invendibles en las mesas de saldos, lo

cual demuestra que no se puede obligar a la gente a leer lo que no desea leer. Como tampoco se puede inducir a nadie a escuchar la música que no le gusta o ver los aburridos programas de la televisión oficial.

La libertad económica no es libertad para los empresarios y capitalistas, es esencialmente libertad del público para elegir y decidir con su elección qué es lo que debe producirse, editarse o filmarse para satisfacer sus deseos y necesidades.

Pero por lo general los intelectuales prefieren el mecenazgo del Estado a tener que esforzarse por conquistar el interés del público, y atribuyen a injusticias del sistema el que los ciudadanos libres no se molesten en cambiarse para asistir a tal o cual representación teatral, o que corran el dial cuando no les gusta la orquesta que está tocando.

¿Qué es lo que pretenden entonces? No lo saben muy bien, pero sueñan con una especie de «socialización de la cultura» en donde un Estado justo, sensible a las manifestaciones del espíritu, se ocupe de difundir sus obras para beneficio de toda la sociedad. Creen que una organización gubernamental exenta de fines comerciales reconocería los méritos de cada artista, poeta o investigador, y lo lanzaría a la fama prodigándole halagos académicos y una vida sin sobresaltos económicos dedicada pura y exclusivamente a su misión superior.

Dejando de lado el hecho nada justo de que toda la sociedad debería mantener a miles de becados ignotos cuyos supuesto méritos no han sido evaluados por ella a través del mercado sino por burócratas anónimos, los mismos intelectuales beneficiados por tal sistema serían sus principales damnificados.

¿Acaso el paraíso que prometía la ex unión Soviética en los tiempos de Stalin no era algo parecido a esto? ¿Y qué pasó con Boris Pasternak, Solzhenitsyn y el poeta Josef Brodsky, los tres

galardonados con el premio *Nobel* de literatura, y cuyas geniales obras fueron prohibidas por el Sindicato de Escritores Soviéticos y rescatadas para la cultura universal por los sagaces editores privados de Occidente? El primero murió ignorado y marginado en su propia patria, el segundo debió optar por el exilio y el tercero fue encarcelado bajo el cargo de parásito social.

Lo dramático es que aun con sus lacras y limitaciones, esta comunidad heterogénea ejerce una influencia decisiva sobre el resto de la sociedad. Son los orientadores de la opinión pública, los que ponen de moda las ideologías dominantes, las buenas y las malas, e influyen sobre las decisiones políticas trascendentales.

Sus pensamientos se divulgan en las aulas donde enseñan, en los círculos que frecuentan, en los medios periodísticos (de dueños capitalistas) que logran dominar y a través de los organismos internacionales donde están representados por sus colegas más afortunados: la OEA, la UNESCO, la CEPAL, algunas famosas universidades norteamericanas, etcétera.

Nada más peligroso que un intelectual resentido temeroso de la libertad. Aunque sea un don nadie, oficia de lazarillo del mundo, para bien o para mal. Sus ideas serán asimiladas por la opinión pública que las trasladará al sistema de mando. Recuérdese que el poder se funda siempre en el consentimiento de la opinión pública, no en la fuerza ni en el dinero, como creen los intelectuales que desconocen así su propio poder social.

Pues bien, el socialismo, el estatismo y el corporativismo siguen prevaleciendo en nuestro sistema de poder porque nuestros intelectuales todavía se aferran —por error o por temor— a los dogmas y mitos que sostienen aquellas fracasadas formas de organización social.

Conclusión para intelectuales no izquierdistas

De lo cual se deduce que es insuficiente entusiasmar al público con el novedoso cambio que prometen los conceptos básicos del liberalismo, tal como se logró, en parte y muy endeblemente, durante los años noventa. Es necesario convencer a los intelectuales.

Si los pocos intelectuales que estamos del otro lado lográramos hacerles comprender a nuestros colegas izquierdosos que en el sistema capitalista hasta los menos aptos tienen posibilidades de llegar a algún sector del público, porque la libertad económica acumula abundantes capitales y genera un mercado consumidor ávido de nuevas emociones y con capacidad económica para comprar libros, asistir a conciertos y llenar salas de teatro, probablemente se entusiasmarían en predicar las ideas de la libertad.

LA LIBERTAD ECONÓMICA COMO META CULTURAL

En 1989 los líderes comunistas de China y de lo que todavía era la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, sorprendieron al mundo lanzando el novedoso concepto ideológico del *posmarxismo*. Pero lo más asombroso fue que abjuraron del principal fundamento filosófico del comunismo: la lucha de clases, por considerarla arcaica y enfrentada irreconciliablemente con la realidad del mundo moderno. Y además cuestionaron el mismísimo postulado de la propiedad estatal de los medios de producción, con lo cual el pobre Marx quedó reducido a la nada.

Las dos potencias insinuaron entonces la posibilidad de reemplazar el sistema de economía centralmente planificada por una... **¡economía de mercado!**

Claro que los jerarcas comunistas —asustados por el terremoto ideológico que amenazaba la estabilidad del paraíso de los trabajadores— no podían admitir semejanza alguna entre el anunciado posmarxismo y el liberalismo capitalista opresor de Occidente.

Por eso los líderes chinos aseguraron que su «economía de mercado» no habrá de ser estatal, pero tampoco privada (¿) sino... ¡pública! Se trata, según ellos, de crear una nueva ideología del futuro: **el socialismo posmarxista**, nada menos.

Esto suena tan caricaturesco como los términos *neonazismo* o *neofascismo*. Cuando las ideologías totalitarias llegan a su fin

jamás se humanizan o se democratizan, simplemente desaparecen de la historia.

Pero en una cosa tienen razón: estamos ciertamente en una venturosa era posmarxista. Pero el sistema de ideas que deberá predominar ahora en el mundo es el orden social de la libertad y no un desteñido socialismo que concede toda clase de libertades mientras se dedica a condicionar, restringir o estorbar torpemente el ejercicio de la libertad económica, principal condición de la prosperidad.

Si hay un *posmarxismo*, éste no es otro que el *liberalismo*. Es más, antes de irrumpir el marxismo en el mundo, ya era el liberalismo la perfecta definición de posmarxismo, por la sencilla razón de que el marxismo jamás fue una ideología de avanzada sino un intento grandioso de algunos agitadores por volver al pasado, al absolutismo primitivo, al hombre despojado de su individualidad y de sus derechos naturales. En una palabra, se nos quiso retrotraer al colectivismo tribal. Fue una reacción de los modernos bárbaros contra la cultura liberal.

Ortega y Gasset lo dijo con estas certeras palabras: «*Todo lo antiliberal es anterior al liberalismo. Nada moderno puede ser antiliberal porque lo antiliberal era precisamente lo que existía antes del liberalismo*».

Liberalismo a medias

Pero, atención. El liberalismo posmarxista no ha de ser el liberalismo a medias que conocemos en los países industrializados. El sistema que hoy exhibe Japón y Europa Occidental tiene ciertamente suficientes ingredientes liberales como para permitir que, pese a todo, la iniciativa privada y la creatividad humana

hagan progresar el mundo. Pero ese sistema está contaminado de socialismo (ver nota al pie, página 80) y de marxismo. La culpa es de los políticos socialdemócratas occidentales, ávidos de poder a cualquier precio, y de los intelectuales estructuralistas y keynesianos que les escriben sus recetas y libretos demagógicos. Esta gente ha preferido falsificar las ideas de la libertad en lugar de luchar honradamente por la verdad.

Y es precisamente en el plano económico —por una falencia cultural (ver página 76)— donde la adulteración pasa asombrosamente inadvertida.

Es necesario que tengamos esto bien en claro: Lo que hoy conocemos como sistema capitalista es una forma híbrida donde el Estado manipula la economía con intervenciones muy parecidas a lo que era la planificación centralizada de la ex Unión Soviética. Es cierto que los medios de producción están en manos privadas, pero ¿qué diferencia de fondo hay si los empresarios no arriesgan sus posiciones en mercados verdaderamente abiertos y competitivos? Son empresarios para disfrutar de las ganancias, pero las decisiones trascendentales las toman —sin riesgo para ellos— los políticos y los funcionarios públicos.

Es así que la burocracia tiene el control dictatorial de la moneda y la banca a través de los bancos centrales, condiciona y traba el libre comercio exterior; distorsiona los mercados laborales con leyes reguladoras e impuestos al trabajo y dilapida fortunas incalculables en costosos e ingobernables sistemas de seguridad social.

Ese es el *liberalismo* que conocemos, groseramente adulterado, rebajado por lo menos al 50 por ciento. Pero no obstante, lo que todavía queda de genuinamente liberal en él, nos ha dado la informática, esa maravilla de la comunicación global que es Internet, las comunicaciones satelitales, la asombrosa medicina

moderna y la microbiología, entre otros prodigios de este tiempo.

A la otra mitad, en cambio —la del intervencionismo estatal— le debemos el doloroso contraste de los bolsones de extrema pobreza en ciudades opulentas como Nueva York o Londres, la inflación, la desocupación en Europa, el proteccionismo que aísla a las naciones y agudiza la miseria; los subsidios que benefician a unos pocos privilegiados en perjuicio de toda la comunidad; la corrupción, inseparable del poder de los funcionarios para conceder o denegar arbitrariamente privilegios y sinecuras; y, en fin, la oprimente deuda externa de los países en desarrollo, la marginación social, el atraso tecnológico y los conflictos armados en muchas partes del mundo.

Culpables por inocentes

En resumen: lo que tiene de auténticamente liberal el mundo libre genera todo lo bueno de nuestro tiempo. Lo que tiene de marxista produce la mayor parte de las calamidades que hoy azotan a la humanidad.

El siglo XX ha sido signado por la mentalidad antiliberal. Pero un puñado de intelectuales bien organizados ha sabido invertir hábilmente las cosas, haciendo pasar culpables por inocentes. Ahora resulta que esas nefastas influencias marxistas que contaminaron la cultura occidental son «conquistas sociales», y que todos los males de nuestra época son causados por la insensibilidad del «capitalismo salvaje».

Y eso es muy preocupante porque no son pocos los liberales que llegaron a pensar así. Hay entre ellos quienes consideran al

intervencionismo estatal del mundo libre como un ejemplo de pragmatismo digno de ser imitado.

Ahora bien, si en plena desintegración de ese verdadero epítome de todos los absolutismos de la historia que ha sido y sigue siendo (China, Cuba, Corea del Norte) el mundo comunista, las clases dirigentes no tienen las ideas claras para llenar ese vacío con un nuevo orden social que devuelva a la criatura humana su libertad y su dignidad, detrás de aquel delirio kafkiano podrían venir otros, de igual o distinto signo, y con ellos una nueva era de humillaciones e injusticias.

Sólo la idea luminosa de la libertad individual, considerada como valor absoluto y superlativa meta cultural, habrá de preservarnos de nuevas variantes de opresión. Pero al ingenuo concepto que todo el mundo tiene de la libertad individual debemos incorporarle su dimensión más importante e ignorada: la **libertad económica**. Y esa es una tarea cultural mucho más ardua de lo que se supone. Y aquí vienen a mi memoria las palabras de Gregorio Marañón en su ensayo *Socialismo, inteligencia, civilidad*:

«La cultura no la dan las escuelas —escuelas, institutos, universidades— sino en mínima parte; su fuente verdadera está en el ambiente cargado de curiosidad y de inquietud espiritual; en todo lo que está fuera de la enseñanza organizada».

Nuestra ardua tarea cultural ha de ser, ahora más que nunca, principalmente eso: **cargar el ambiente de curiosidad e inquietud espiritual.**¹

La era posmarxista que estamos inaugurando y que habrá de ser la esperanza de este nuevo siglo, deberá ser una era liberal,

pero no liberal a medias sino en serio, como los grandes pensadores de esa doctrina, Adam Smith, Ludwig von Mises, Juan Bautista Alberdi y Sarmiento, entre muchos otros, la imaginaron para el mundo del futuro.

¹ Después de oírle decir al Secretario de Cultura de la Nación (junio de 2004) que la cultura no es prioritaria ni para el presidente de la Nación ni para él, ha quedado semiprobada una antigua sospecha: le incultura no es solamente el resultado de la desidia e irresponsabilidad de muchos políticos y gobiernos. A veces constituye un auténtico proyecto demagógico para estupidizar a la gente.

NO PUEDE HABER SOCIEDAD SIN ÉTICA, NI ÉTICA SIN LIBERTAD

En su *Ética a Nicómaco*, Aristóteles afirma que el fin último de todo hombre es alcanzar su propia felicidad y que la felicidad consiste en el hábito de vivir bien y obrar bien, es decir: **en la posesión de la virtud.**

Claro que el propio estagirita reconocía que el ejercicio de la «perfecta virtud» era algo muy difícil de lograr, únicamente compatible con el sueño y con la inactividad durante toda la vida en medio de los mayores sufrimientos y desventuras, por lo cual —decía— nadie llamaría feliz al hombre que viviera de ese modo. Pero aclaraba enseguida que la virtud no es la felicidad sino el medio para alcanzarla, pues mientras el hombre ejercite actos de virtudes perfectas, será feliz; y cuando esta virtud sea perfectísima, la felicidad será perfecta.

Se comprende, pues, que la moral aristotélica, severamente intelectualista —la más elevada dentro del paganismo— haya sido siempre inaccesible al común de las personas y tan sólo practicable por algunos ascetas y hombres ejemplares. El cristianismo la asimiló fácilmente, pero incorporó al carácter intelectualista de la felicidad, el concepto espiritualista del amor al prójimo. Desde entonces la ética tiene dos dimensiones en Occidente: la religiosa —dogmática y rígida, con premios y castigos eternos—; y la social —dinámica y cambiante, según las épocas y la evolución de la cultura—.

Y aquí surge una pregunta inevitable: ¿Acaso el hábito de vivir bien y obrar bien tiene que ser necesariamente un atributo poco menos que heroico, un acto de renunciamiento a la vida y al mundo?

La respuesta es definitivamente no, siempre que se den dos condiciones esenciales: por un lado la separación entre lo religioso y lo terrenal; y por el otro, la vigencia de un sistema de organización social que no sea intrínsecamente desmoralizador y corruptor.

Porque si el hábito de la virtud nos apartara del mundo real, ¿con quién habríamos de practicarlo? El hombre aislado no necesita ética alguna. El vivir bien y obrar bien —prescindiendo del aspecto religioso que queda circunscripto al sagrado recinto de la conciencia de cada cual— sólo tiene sentido en el trato cotidiano con nuestros semejantes, en un contexto de relaciones humanas y con el único objeto de hacer posible la cooperación social.

La importancia de la libertad

Es verdad que durante siglos la ética fue para la gente una pesada carga, pero ello se debió simplemente a que la humanidad no acertaba a organizarse en un sistema que armonizara y condicionara recíprocamente lo individual con lo social. Había desigualdad de derechos y una asfixiante superposición de lo teológico con lo político y lo social.

Durante la Edad Media, por ejemplo, no ganaba más quien trabajaba o producía más sino el que tenía derecho a gastar más según su rango social. El prelado, el juez, el noble, el alto funcionario de la corona, tienen el derecho de vivir mejor que los

demás, con el decoro que su alto linaje exige. Al mismo tiempo se condena por inmoral el afán de lucro de plebeyos, banqueros y mercaderes. El propio Santo Tomás justifica el sistema de privilegios al asegurar que a cada persona le corresponde tanta riqueza como sea necesaria para la vida propia de su condición.

El siglo XVIII traería para Occidente el gran hallazgo, la libertad individual; y de la mano de ella un cambio trascendente: el **capitalismo**, único sistema en el cual el hombre conquista su rango social con lo que produce y aporta a la comunidad. Se declara inmoral toda desigualdad ante la ley, se ponen límites al poder del Estado y se liberan las energías humanas por primera vez en la historia a través de ese todavía hoy sorprendente proceso de cooperación social e intercambio que se llama **mercado libre**.

La nueva filosofía transforma espectacularmente el mundo. Cada ciudadano, cualquiera sea su condición, disfruta del derecho —ético y legal— de buscar el éxito personal y la riqueza económica, pero tiene un solo y recto camino para intentarlo: servir a los demás con eficiencia y honradez. Por primera vez el ser humano puede vivir en paz con su conciencia, formando parte del mundo real con ajuste a la más perfecta virtud humanamente alcanzable.

Este cambio social, tenazmente tergiversado por los historiadores socialistas, produce, además de riqueza y bienestar, un fenómeno inesperado: el concepto de la ética se amplía y se perfecciona extendiéndose por capilaridad a sectores cada vez más amplios de la población. Ya no es una excelencia de minorías sino un capital que todos quieren poseer. La ética se transforma en una virtud competitiva. Todos descubren lo ventajoso que resulta saber ejercerla mejor y más refinadamente que los demás.

Los sistemas corruptores

Lo antedicho demuestra dos cosas: primero, que la ética es, en el mundo moderno, el arte de la convivencia civilizada; y segundo, que así como no puede haber sociedad sin ética, tampoco puede haber ética sin libertad. He ahí la clave para comprender la corrupción que pudrió desde adentro al mundo comunista, y que tan severamente afecta a la Argentina y a muchos países del mundo. Es que la falta de libertad (sobre todo en el plano económico) transforma a las buenas personas en hipócritas que hablan a toda hora de conductas decentes pero se justifican a sí mismas por no practicarlas.

Ahora bien, el Derecho no es otra cosa que una colección de preceptos éticos a que se hallan sometidos por igual todos los ciudadanos. Pero no es toda la ética sino su expresión mínima indispensable para asegurar el funcionamiento ordenado de la sociedad y preservarla no sólo del fraude y la violencia de los delincuentes sino también —y particularmente— de la arbitrariedad de los gobernantes.

Pero los valores éticos de una sociedad —infinitos y cambiantes— están reservados a los individuos, porque si no se cree en la capacidad del hombre libre para discernir entre el bien y el mal, no queda más remedio que sustituir el orden social de la libertad por la omnipotencia del Estado.

«La gran superstición política del pasado era el derecho divino de los reyes; la gran superstición política de hoy es el derecho divino de los parlamentos», escribió Herbert Spencer.

La audaz creencia de que todo lo que la autoridad considere ético debe ser legislado y que toda ley, por arbitraria que sea, debe ser obedecida por los ciudadanos, ha dado lugar a lo que se conoce como *teoría del positivismo jurídico*, verdadera negación de los derechos humanos inalienables y fundamento ideológico de los modernos sistemas políticos generadores de corrupción y desmoralización.

¿Y qué es lo que ocurre en la Argentina de hoy? Existe aquí tal fárrago de leyes y reglamentos reguladores del concepto de lo que es bueno y lo que es malo en cada insignificante cosa de nuestra vida, que el concepto de ética se ha reducido aquí a una lamentable habilidad: no dejarnos descubrir cuando violamos la ley.

Ética sin recompensa

Es que aquí como en cualquier otra parte, la gente deja de creer en la ética cuando su ejercicio estricto ya no es el camino más ventajoso para el éxito personal.

Efectivamente. Si el hombre se desenvuelve en un ambiente donde ser honrado y servicial tiene recompensa, y cuanto más honrado se es y más entusiastamente se trabaja, mayor será el reconocimiento de la sociedad y más tentadoras las ganancias que ésta le prodigará como premio (así fue la Argentina entre 1853 y 1943), al mismo tiempo que la inmoralidad, la deslealtad, la holganza, la «viveza» y la «trampa» constituyen caminos peligrosos que conducen sin remedio a la condena social, la deshonra y el fracaso, es obvio que ese hombre no dudará en elegir la primera conducta, desarrollando sus energías creadoras y reprimiendo toda tentación autodestructiva.

Pero si ese mismo hombre se halla en medio de un asfixiante sistema donde poderosas inhibiciones presionan sobre sus energías creativas (intervencionismo estatal, fiscalismo desmedido, inflación monetaria, privilegios corporativos en desmedro del individuo, leyes laborales a la medida del poder sindical, burocracia opresiva y controles de todo tipo), enrarecido ambiente donde elegir el camino del esfuerzo personal y la honradez es una estupidez que conduce a la ruina, porque aunque quiera y se empeñe en el intento sus energías creativas no podrán liberarse de aquellas férreas coacciones inhibitorias, es natural que, para poder sobrevivir y preservar a su familia, ese hombre —que no es un santo ni un héroe, sino simplemente un ser humano—, termine por adaptarse al sistema y dedicarse a vivir del esfuerzo de los demás, a violar cotidianamente la ley, a engañar a sus semejantes, a cortejar y sobornar funcionarios, a defraudar a sus clientes o, en el mejor de los casos, a vegetar en alguna improductiva oficina pública. Sus energías productivas se irán adormeciendo, pero sus peores condiciones humanas se ejercitarán, se desarrollarán, y alcanzarán insospechada destreza.

Por eso es un error creer que en la Argentina las cosas andan mal porque no hay moral. Definitivamente no es la moral lo que condiciona el éxito de los sistemas sociales, sino que son estos sistemas los que condicionan el comportamiento moral de las personas.

Cuando se desconoce la importancia de la libertad como fundamento de una sociedad próspera, rigurosamente ética y llena de ilusiones por el porvenir, el hábito de la virtud vuelve a ser como en las épocas de Aristóteles, únicamente compatible con el sueño y con la inactividad durante toda la vida, en medio de los mayores sufrimientos y desventuras.

CUANDO PTOLOMEO Y COPÉRNICO SE METIERON CON LA ECONOMÍA

La ciencia económica ha sido deliberadamente distorsionada, y los responsables no son otros que Marx y Keynes. Para ser didáctico voy a comparar la economía con la astronomía, destacando a dos de los máximos protagonistas de esta última: Ptolomeo y Copérnico, quienes seguramente me perdonarán la broma del título de este capítulo.

Claudio Ptolomeo fue un influyente astrónomo griego de origen egipcio que descolló en el SIGLO II de nuestra era. No me propongo quitarle méritos. Fue indudablemente un genio al que se le reconocen notables trabajos sobre cronología, óptica, gnomónica, matemáticas, música, geografía y astronomía. Baste decir, para dar una idea de su talento, que logró medir teóricamente la circunferencia de la Tierra con un error de apenas el cuatro por ciento.

Pero, ay, se equivocó en lo más importante: su sistema del mundo consistía —siguiendo fielmente la escuela aristotélica— en situar la Tierra en el centro del Universo y hacer de ella un cuerpo fijo a cuyo alrededor giraban el Sol y los demás astros.

Tengo para mí que este error fue imperdonable, ya que cinco siglos antes, alrededor del AÑO 281 antes de Cristo, otro sabio griego, Aristarco, más modesto y menos avasallante que Ptolomeo, había propuesto por vez primera el doble movimiento de

rotación y traslación de la Tierra, en una audaz hipótesis que nadie se atrevió a tomar en serio.

¡Mil seiscientos años se mantuvo incommovible el error de Ptolomeo! La teología, la filosofía y la ciencia se hallaban fundadas en este concepto geocéntrico.

Claro que la culpa no fue toda suya. Con él culminó una época de grandes adelantos de los griegos en las ramas fundamentales de las matemáticas, con excepción de la mecánica. Sobrevino luego la declinación. En el AÑO 390 se produce la destrucción de la biblioteca de Alejandría, y más tarde, en el AÑO 529, Justiniano suprime la última escuela filosófica. El espíritu de la astronomía se apaga y, desafortunadamente para el progreso de la ciencia, la falsa concepción geocéntrica de Ptolomeo se mantiene incommovible durante diecisiete siglos.

Pero trece siglos después de Ptolomeo, en 1473, nace en Polonia Nicolás Copérnico quien habría de comenzar a ordenar las cosas: El Sol es el centro de un sistema y a su alrededor giran la Tierra y los planetas. Con su obra *Revolutionibus orbium caelestium*, publicada en 1540, sentó las sólidas bases de un portentoso edificio intelectual que habría de ser gloriosamente completado por Kepler, Galileo y Newton, este último ya en pleno SIGLO XVIII.

Bien, vayamos ahora a la economía. Adam Smith, un filósofo y moralista escocés del SIGLO XVIII, profundamente conmovido por el horrible cuadro del hambre que había observado en sus viajes por el mundo, se puso a investigar las leyes que regían el comercio y la producción. Tenía que haber alguna forma científica para terminar con tantos padecimientos. Empecinado en tan apasionante búsqueda descubrió y sistematizó la interdependencia de los fenómenos del mercado.

Demostró a los políticos y gobernantes de su época la falsedad e inconsistencia de los viejos dogmas mercantilistas en que se basaban todas las leyes referidas al comercio, a saber: 1) que no era justo ni lícito vencer al competidor produciendo artículos mejores y más baratos; 2) Que las máquinas resultaban perniciosas porque producían bancarrotas y desempleo; 3) Que era reprobable desviarse de los métodos tradicionales de producción; 4) Que el deber del gobernante consistía en impedir el enriquecimiento del empresario, debiendo, en cambio conceder protección a los menos aptos frente a la competencia de los más eficientes; y 5) Que restringir la libertad empresarial mediante la coacción del Estado o de las corporaciones promovía el bienestar general.

Con su obra *Ensayo sobre la causa de la riqueza de las naciones*, publicada en 1776, fundó, sobre incommovibles bases epistemológicas, la moderna **ciencia económica**.

Decididamente, Adam Smith —a quien se lo suele acusar de teorizador de la explotación humana— fue el Copérnico de esta nueva disciplina.

Pero a diferencia de lo que ocurrió en la evolución de la astronomía, con anterioridad a él no había habido ningún Ptolomeo. Para desdicha de la humanidad —porque la economía, por si alguien lo ha olvidado, es la ciencia de los medios para crear riqueza y terminar con la miseria—, los Ptolomeos vinieron después, y se llamaron **Marx** y **Keynes**.

Recordemos brevemente que la teoría económica clásica iniciada por Adam Smith llegó a su más alta expresión a fines del SIGLO XIX con el descubrimiento de la *Teoría subjetiva del valor*, también llamada «revolución marginalista». Digamos sólo al pasar que esta moderna teoría demuestra que el valor no

está intrínseco en las cosas sino que se lo atribuimos nosotros de acuerdo a la utilidad atribuida a la última unidad disponible.¹

De este trascendente acontecimiento científico se desprendieron tres escuelas económicas: la *Escuela austríaca*, la *Escuela de Lausana* y la *Escuela de Cambridge*. De las tres sólo la primera, por obra de sus grandes maestros Karl Menger, Eugen Bohm Bawerk y Ludwig von Mises (verdaderos paralelos de

Kepler, Galileo y Newton en economía) ha logrado preservar sin desviaciones el revolucionario concepto de la utilidad marginal y elaborar el más acabado modelo teórico de economía de mercado.

Estoy convencido de que esta es la única ciencia económica digna de tal nombre. Lo demás es charlatanería.

Pero esta ciencia económica fue eclipsada por las ideas de **Carl Marx** y deliberadamente distorsionada por las teorías de su continuador el socialista fabiano **John Maynard Keynes**.

Esto equivale a decir que después de Copérnico, Kepler, Galileo y Newton (en economía), irrumpieron en las principales universidades del mundo las falsas doctrinas de los Ptolomeos negadores de la verdad científica.

Y mientras en todas las ciencias naturales —a excepción de la biología en la Rusia de Stalin, donde se llegó a negar la genética de Mendel— se produjo un constante avance gracias a la incesante suma de teoremas, descubrimientos y comprobaciones, en economía se retrocedió espantosamente.

¹ En su libro *Libertad: un sistema de fronteras móviles*, el autor desarrolla minuciosamente esta sorprendente teoría.

De la economía de mercado que había logrado en poco más de un siglo transformar radicalmente el mundo, se pasó a una degradada y seudocientífica economía política que no es otra cosa que la teoría del intervencionismo, de la estatización, del proteccionismo y de la inflación, una herramienta de poder omnímodo desvinculada de todo objetivo auténticamente social. Ni Marx ni Keynes fueron economistas; fueron simplemente ideólogos que hicieron política con la economía. Pero tuvieron suerte, lograron convencer a casi todos los intelectuales y políticos del SIGLO XX de que en materia económica... **¡la Tierra es el centro del sistema planetario!**

MEDICINA MODERNA: LA EXTRAÑA ALIANZA ENTRE LA VOCACIÓN Y EL AFÁN DE LUCRO

Leí con espanto una vez en el diario —creo que fue en 1991, todavía debo de tener el recorte en algún lugar— un breve cable que decía: «*Premios Nobel de todo el mundo, reunidos en Francia, declararon que los laboratorios no deberían producir medicamentos por lucro sino con fines humanitarios*».

¿Podría concebirse criterio más superficial y prejuicioso en personalidades tan notables? Yo no puedo imaginar lo que sería hoy la medicina moderna sin la participación de capitales privados movidos por el afán de lucro. Seguramente no tendríamos analgésicos, vacunas ni antibióticos al alcance de millones de enfermos de toda condición social.

¡Por suerte la medicina es un lucrativo negocio en los Estados Unidos y en algunos otros pocos países capitalistas! De no ser así sólo los ricos y poderosos tendrían acceso a esas drogas milagrosas. Ni aspirinas encontraríamos en los quioscos.

En los Estados Unidos los seguros de salud y la medicina cotizan sus acciones en la bolsa de comercio. Millones de ahorristas contribuyen al avance de la ciencia comprando acciones de las empresas del sector, atraídos, naturalmente, por las expectativas de ganancia. Y no por casualidad esta gran nación es la proveedora de los mayores adelantos en materia de tecnología hospitalaria y farmacológica.¹

Allí inventaron maravillas como la tomografía computada, las aplicaciones de la fibra óptica, la microcirugía con rayo las-

ser, la ecografía, la medicina nuclear, la resonancia magnética, el interferon. Allí acaban de llevar a la práctica una genial teoría del científico argentino y premio Nobel de Medicina 1984, Cesar Milstein, la llamada «*Bomba inteligente*» contra el cáncer, consistente en la combinación de una droga binaria, la doxorubicina, unida a un anticuerpo monoclonal, el BR-96, que en pocos años contribuirá a derrotar esa terrible enfermedad. Es allí donde se está investigando el mapa genético humano (Genoma), hazaña intelectual complejísima que posibilitará en veinte años conocer la causa de todas las enfermedades. Es en Estados Unidos, en fin, donde se producen las dosis masivas de vacunas que se distribuyen en Asia y África. ¿Por qué en los Estados Unidos y no, por ejemplo, en Rusia, en Gran Bretaña o en Suecia? Por una razón muy simple: mientras en estos tres países la medicina está socializada, en los Estados Unidos la industria de la salud compite en un mercado libre y relativamente desregulado, distribuye dividendos y paga impuestos.

¿Esto quiere decir que el sentimiento humanitario y el amor a la ciencia están ausentes en los Estados Unidos? Todo lo contrario: está demostrado que allí la vocación científica pura encuentra el clima ideal para su expansión.

Es que si el lucro fuera el único estímulo, la única fuerza impulsora del triunfo de la ciencia sobre las enfermedades, nadie habría descubierto o inventado nada importante.

¹ No obstante existen excesivos controles estatales en la investigación y comercialización de medicamentos en los Estados Unidos que retrasan considerablemente la aparición de nuevas drogas y vacunas contra enfermedades todavía incurables. En el libro *Libertad de elegir* de Rose y Milton Friedman (Editorial Grijalbo), el lector podrá encontrar interesantes detalles sobre estas trabas burocráticas que sólo perjudican a la salud pública mundial.

El auténtico hombre de ciencia no piensa en la ganancia monetaria cuando investiga en un laboratorio. Su única pasión es su trabajo: quiere hallar la manera de aliviar el sufrimiento humano. Pero para poder alcanzar esta elevada meta necesita medios económicos y tecnológicos que le permitan aplicar su talento en forma efectiva, sin limitaciones ni incomodidades, y esos medios sólo puede proporcionárselos el capital privado.

Los buenos tiempos en que un genio como Fleming, encerrado en un modesto y desordenado laboratorio, descubría la penicilina en forma poco menos que casual, no habrán de volver. Es verdad que Fleming no necesitó asociarse con ningún capitalista para hacer un servicio tan grande y desinteresado a la humanidad. Pero, pensemos: ¿cómo habría sido posible que la penicilina llegara a todo el mundo y salvara a millones de vidas humanas si alguien con suficiente capital y experiencia comercial no se hubiera interesado en producirla y distribuirla en cantidades industriales?

Aun en los tiempos de Fleming fue necesaria la beneficiosa y extraña alianza entre la ciencia y el capital —o, si se prefiere, entre la vocación desinteresada y el afán de lucro— para que el ideal de amor a la humanidad no fuera una mera declamación sin efectividad práctica.

Pero hoy en día las cosas son todavía más complejas. No sólo la producción masiva de los medicamentos requiere capital y talento empresarial, sino que la misma investigación es imposible sin computadoras, modernos laboratorios y equipos interdisciplinarios de técnicos y científicos que ante todo deben ser bien remunerados para que se consagren sin sobresaltos ni preocupaciones a su noble tarea de buscar la forma cada vez más perfeccionada de suprimir la enfermedad y el dolor.

Y esto sólo puede lograrse con inversiones de riesgo de miles de millones de dólares. Y francamente cuesta imaginar a millones de pequeños y medianos ahorristas norteamericanos (amas de casa, jubilados, trabajadores) comprando acciones de tal o cual laboratorio socializado nada más que por hacer el bien sin mirar a quién.

Una utópica medicina de objetivos sociales químicamente puros, desprovista de todo vínculo comercial, produciría muy pocos beneficios a la sociedad, y esos magros resultados no estarían seguramente al alcance de los pobres.

La Argentina tiene hoy una inmejorable oportunidad de sumarse a los pocos países que no se han dejado seducir (todavía) por el absurdo sueño de los intelectuales de izquierda de divorciar al talento de su aliado el capital. Haber reconocido legalmente el derecho de propiedad intelectual (no por mérito de nuestros políticos sino por presión de los Estados Unidos) ha sido una condición indispensable para alentar la investigación que nuestros notables científicos podrán desarrollar cuando el capital privado se decida a asociarse con ellos.

Tenemos potenciales ventajas comparativas en materia de producción y exportación de inteligencia. Nuestras posibilidades en este campo inexplorado dependen de la educación y de la libertad.

LA NATURALEZA SAGRADA DE LA LIBERTAD

Volaba aún el polvo del muro de Berlín cuando la Iglesia, luego de dos siglos de dura controversia con el liberalismo, reconoció las ventajas del sistema capitalista, si bien con reservas y recomendaciones de orden moral.

En su Encíclica *Centesimus annus* el papa Juan Pablo II sorprendió a religiosos y laicos con inéditas afirmaciones de aceptación de la economía de mercado, aunque critica el fenómeno del consumismo generado por la propensión del capitalismo a crear hábitos de consumo y estilos de vida perjudiciales para la salud física y espiritual de las personas.

Sin embargo, con admirable perspicacia, evita el pontífice sugerir la intervención del Estado, y propone en cambio el desafío de una gran obra educativa y cultural dirigida a los consumidores para que estos hagan un uso responsable de la capacidad de elección.

En un mercado libre es el consumidor quien decide qué artículos hay que producir, de qué calidad, a qué costos y en qué cantidad. Esa decisión individual moviliza capitales, crea laboratorios, remunera a científicos y técnicos, alienta grandes proyectos industriales y manda a la ruina a cuanto empresario no ha sabido percibir al instante sus cambiantes necesidades y apetencias. Todo ello con la decisión de comprar o abstenerse de hacerlo.

Aprender a vivir en libertad

Pero no podemos ignorar que si muchas de las cosas que hoy se fabrican en el mundo capitalista para consumo masivo son superfluas, o dañinas para la salud o destructoras del medio ambiente, es porque importantes grupos de consumidores están dispuestos a gastar su dinero en esos bienes de consumo. Unos lo hacen por ignorancia o vulgaridad y otros porque todavía no han aprendido a vivir en libertad, lo cual los convierte en dóciles seguidores de la publicidad televisiva.

Pero esta sumisión no es sino un recurso inconsciente para eludir la fastidiosa responsabilidad de pensar, es decir, de elegir por sí mismos en qué gastar su propio dinero. Si deciden mal es porque no están preparados para ejercer con inteligencia el enorme poder que el sistema puso sus manos.

Es decir, el hombre en libertad desarrolla extraordinarias energías creadoras, pero claro, si no está culturalmente preparado para ejercer su poder de elección, puede ir demasiado lejos en la aceleración del progreso científico y poner en peligro su propia supervivencia.

El desafío de educar para el progreso

Y en este punto debemos reconocer que el Papa tiene razón. Hay en la actualidad un uso de las ciencias que responde a intereses creados, y estos intereses se nutren de la estupidez humana. Por eso, como lo propone el pontífice, es indispensable educar para la libertad.

Pero no nos equivoquemos: podemos aspirar a orientar adecuadamente el progreso mediante la educación, pero lo que no

ocurrirá nunca en un mercado libre es que ese progreso se detenga. Ante un cambio de hábitos y preferencias de los consumidores, los capitales simplemente se trasladan de los sectores inactivos hacia otros más rentables. Pero no por ello desaparecerían ni el afán de lucro ni esa misteriosa avidez para alcanzar más y más cosas que caracteriza al género humano y que, en libertad, moviliza, nos guste o no nos guste, el progreso científico de la humanidad.

Es que todos estamos empeñados en la búsqueda de la felicidad. Y lo hacemos con tal intensidad que no hay acción humana que no tenga, directa o indirectamente, esa última y suprema finalidad.

Pero como nadie alcanza en este mundo la plenitud de ese estado ideal, ante cada meta lograda, ante cada dicha parcial de cuántas solemos alcanzar en la vida, aparece un nuevo deseo más ambicioso y acuciante que el anterior. Estos efímeros gozos —o treguas, si así lo prefieren los melancólicos— son como los peldaños de una interminable escalera que se eleva hacia lo absoluto.

¿Somos «simplistas» los liberales?

El mercado libre es por de pronto la única forma de obtener el progreso material. El Papa lo reconoce explícitamente cuando escribe en su Encíclica:

«34. Da la impresión de que, tanto a nivel de Naciones, como de relaciones internacionales, el libre mercado sea el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades».

El economista Milton Friedman había dicho algo parecido hace ya muchos años:

«Si hay un solo servicio que los economistas liberales prestaron a la humanidad, es el de haber demostrado que la libertad de intercambio era la condición de la prosperidad».

Sin embargo, economistas e intelectuales contrarios a la libertad nos han acusado habitualmente a los liberales de **ingenuos** y **simplistas**.

¿Somos así los amantes de la libertad? Veamos. Es verdad que la teoría liberal clásica (desde el fundador de la ciencia económica, Adam Smith, hasta su expresión más acabada y moderna, la *Escuela Austríaca* fundada por Carl Menger) es el reino mismo de la simplicidad. Todo lo liberal es simple, racional, fácil de comprender. Pero una cosa es la simplicidad, como sinónimo de claridad y sencillez, y otra muy distinta es el simplismo (o la simpleza, para decirlo con más propiedad) como tendencia a esquematizar neciamente lo que tiene una naturaleza compleja y multifacética.

Simple es todo aquello que no tiene partes. No teniendo partes no se puede descomponer; no pudiendo descomponerse no puede destruirse, y no pudiendo destruirse constituye el todo más acabado, más universal, más permanente. Así son —irrebatibles, indestructibles— las ideas de la libertad.

Cuando los economistas liberales explican el mecanismo del mercado, están en verdad expresando con ideas simples la complejidad inabarcable de la naturaleza humana. La famosa metáfora de «*la mano invisible*» de Adam Smith, y las llamadas

construcciones imaginarias de Ludwig von Mises (tales como el «estado natural de reposo» y la «economía de *uniforma giro*») pretenden tan sólo interpretar la insondable realidad de los procesos económicos y plantearlos de una manera clara.

El economista liberal es simple para comprender y respetar lo problemático, lo que no se atreve a manipular, precisamente porque sabe que la complejidad de la acción humana es absolutamente inmanejable.

Cuando Marx y su continuador Keynes ensamblan trabajosamente sus complicadísimos andamiajes ideológicos para regimentar a la sociedad por el simple voluntarismo de una elite de funcionarios presuntamente dotados de virtudes superiores a las del resto de la sociedad, están diciendo con necia arrogancia:

“La vida humana es cosa sencilla, los bienes económicos existen en abundancia y sólo es cuestión de distribuirlos con justicia; la sociedad puede ser organizada desde el Estado y la economía dirigida o centralmente planificada”.

La ingenuidad de los dirigistas

Es decir: ingenuamente simplifican lo que es complejo (la vida humana, la cooperación social) y complican lo que es simple: la **ciencia económica**, que es, ante todo, humilde aceptación de lo inmanejable, de lo superlativamente complicado.

Las ideas liberales son simples; la realidad que interpretan es compleja. Las ideas de marxistas, keynesianos y dirigistas en general son extremadamente complicadas (intente el lector leer la *Teoría general* de Keynes), **pero la realidad que pretenden interpretar es en exceso simplificada, ridículamente ingenua.**

¡Los simplistas, son ellos! Conmoveramente simplistas. El liberal renuncia a toda pretensión de someter a la sociedad. La considera una empresa demasiado presuntuosa, demasiado sobrehumana, y, sobre todo, absolutamente inmoral y sacrílega.

Permítanme recordar que Dios ha desistido de determinar autoritariamente la conducta humana, por eso le dio a su criatura pensante el *libre albedrío* y ni siquiera trató de impedir la consumación de su pecado original. Sin pretender insinuar que Dios es liberal —lo cual, más que blasfemo, sería ofensivo para muchos obispos y curas que atribuyen esta ideología a Satanás—, lo que intento es resaltar que somos criaturas hechas a imagen y semejanza de nuestro Creador, que es un Ser libre de libertad absoluta.

La simplicidad de la doctrina liberal consiste en aceptar que las acciones del hombre en este mundo son tan enigmáticas, cambiantes e impredecibles, que sólo Dios podría dirigirlas si no hubiera decidido abstenerse de hacerlo para dar coherencia y sentido trascendente a su propia obra.

Los liberales, a diferencia de nuestros adversarios, rehusamos meter el dedo donde Dios no lo hace, es decir, en la conciencia del hombre, para torcer su carácter, sus preferencias y sus decisiones individuales. Somos en esto extremadamente cautelosos y simples. Más aún, somos sensitivos, responsables, sutiles en nuestra voluntad de sacudirnos toda soberbia que nos impulse —presuntuosa e ingenuamente— a cuestionar la naturaleza sagrada de la libertad.

Pero, admitámoslo: **sin educación, la libertad puede transformarse en un arma mortal.** Y es en este gran desafío de nuestro tiempo donde la nueva clase empresarial argentina tiene un inmenso campo de acción.

En los Estados Unidos los grandes millonarios han financiado fundaciones y creado bibliotecas públicas y universidades desde tiempos inmemoriales. Andrew Carnegie fue un gran filántropo de la cultura. Escribió en su libro *El evangelio de la riqueza* las siguientes palabras que sintetizan su lúcido pensamiento:

«En el sistema de la libre empresa, los hombres tienen la obligación de entregar parte de sus bienes para causas socialmente útiles».

El orden social de la libertad es producto de la cultura. Rockefeller comprendió muy bien esta realidad cuando fundó la gran universidad que lleva su nombre. Declaró en esa oportunidad:

«Esta es la mejor inversión que jamás he hecho en mi vida».

¿SOMOS INCAPACES DE VIVIR EN LIBERTAD?

En el diario *La Prensa* (9 de enero de 1987), el inolvidable y ya desaparecido columnista Manfred Schönfeld escribió un artículo titulado *Juguetes rabiosos amenazan de muerte a nuestro planeta*. Quedé al leerlo tan impresionado que por un instante — sólo por un instante— tuve la penosa sensación de que mis sólidas convicciones liberales iban a moverse bajo mis pies.

En ese artículo se hacía referencia a la aterradora destrucción de la capa de ozono por la acción degradante de gases y otros derivados de la industria petroquímica que la desaprensiva sociedad de consumo lanza al espacio con la más absoluta insensatez.

Resaltaba el autor que no parece haber límites racionales para los avances tecnológicos destinados a complacer los caprichos más absurdos de millones de consumidores insaciables, caprichos de cosas «perfectamente prescindibles» (como los aerosoles, por ejemplo, cuyos gases impulsores son algunos de los agentes destructores del ozono), «verdaderos juguetes rabiosos» que amenazan de muerte a nuestro planeta.

Refiriéndose a las ciencias prodigiosamente impulsadas por el método inductivo de investigación iniciado por el genial Francis Bacon, enfatiza Schönfeld:

«Esas mismas ciencias que, manipuladas en los tiempos actuales por dedos de rígida tozudez lineal y por frívolas y

simples mentes de quienes podrían ser calificados, de algún modo, de epígonos, muy indirectos (de quinta, sexta o tal vez décima mano) de aquel Francis Bacon de Verulam, han sido soltadas sobre el hombre y su mundo, soltadas cual fieras monstruosas, endemoniadas e irrefrenables, que pagan mal y dañina y destructivamente la libertad que el baconianismo les conquistara».

En una palabra: hay un uso de las ciencias que responde a intereses creados, y estos intereses creados se nutren, como lo afirmamos en el capítulo anterior, de la estupidez humana. El autor del artículo se pregunta si tenía razón Arthur Koestler cuando afirmaba que el hombre padece de una enfermedad filogenética que lo incapacita para vivir en libertad. Deja cruelmente flotando sobre nuestras conciencias este doloroso interrogante y arriesga una conjetura:

«El hombre desatado de las andaduras de la fe, no sabe hacer otra cosa que correr hacia delante o hacia lo que supone que es adelante, así sea en dirección al abismo o a la nada. Adonde terminará por llegar con la piel llagada de cáncer provocado por la indefensión natural frente a los rayos ultravioletas, pero agitando triunfalmente, el último spray de moda que el mentor familiar, a saber, el televisor, le ha vendido... »

Saber vivir en libertad

De la cuidadosa lectura de este artículo me surgieron tres preguntas fundamentales: 1) ¿Estamos realmente incapacitados

para vivir en libertad?; 2) ¿Hemos ido demasiado lejos en la aceleración del progreso científico?; 3) ¿Acaso las innegables ventajas sociales del capitalismo habrán de epilogar, inexorablemente, en una catástrofe cósmica? Veré si puedo responderlas.

Recordemos para comenzar que en un mercado libre es el consumidor quien decide qué artículos hay que producir, de qué calidad, a qué costos y en qué cantidad. Sólo él toma minuto a minuto tan importantes decisiones. Todo ello con la sola decisión de comprar o no comprar. ¿Está claro? Esto es lo que suele llamarse la supremacía del consumidor.

Ahora bien, si las cosas que hoy se fabrican masivamente son superfluas, o dañinas para la salud, o destructoras del medio ambiente, es porque importantes grupos de consumidores están dispuestos a gastar su dinero en esos bienes de consumo. Muchos de ellos lo hacen por que su ignorancia o vulgaridad los induce a tener hábitos vituperables; pero otros, quizás los más (y aquí estamos en principio respondiendo afirmativamente al primer interrogante), porque su incapacidad manifiesta para vivir en libertad los convierte en dóciles seguidores de la publicidad televisiva, sumisión esta que no es sino un recurso inconsciente para eludir la responsabilidad de pensar y elegir sensatamente en qué gastar su propio dinero.

Pero, atención, siempre son ellos, los consumidores, quienes toman la decisión final, y no la publicidad televisiva que sólo sugiere, induce o informa, con mayor o menor habilidad persuasiva.

Por eso mismo no podemos darle la razón, de ninguna manera, al angustiado Koestler. El hombre está espiritual y biológicamente dotado de una potencial capacidad para vivir en libertad. Lo que ocurre es que todavía no ha aprendido a hacerlo. La conciencia del hombre libre es un estado cultural, y ya sabemos

que la cultura, en cualquiera de sus expresiones, no penetra fácilmente en la conciencia de todos los individuos.

Si queremos cambiar este estado de cosas pero sin renunciar a esa gran conquista de la civilización occidental que es la libertad (la alternativa sería sustituir la voluntad del consumidor por la de los funcionarios públicos) no nos queda otro camino que tratar de educar a los hombres para que se formen integralmente como seres libres.

Pero no olvidemos la función del Estado, cuya correcta definición y delimitación ha de ser parte también del aprendizaje del difícil arte de vivir en libertad. Si para producir aquellos artículos que los consumidores, equivocados o no, demandan en el mercado, las fábricas envenenan el aire, agreden el ozono, contaminan los ríos o agotan irracionalmente los recursos naturales, la culpa es pura y exclusivamente del poder público que no cumple, mediante leyes adecuadas, controles eficientes y severos castigos a los infractores, con una de sus funciones más específicas e indelegables: **la preservación de la vida humana.**

El hombre insaciable

Lo que difícilmente llegue a suceder en un mercado libre es que el progreso se detenga. Aún cuando lográramos cambiar los hábitos y las preferencias de los consumidores mediante la educación —hazaña que creo posible—, los capitales simplemente migrarían de sectores productivos buscando siempre los de mayor demanda y rentabilidad. Pero no por ello desaparecerían ni el afán de lucro ni esa misteriosa avidez por alcanzar siempre más y más cosas que caracteriza al género humano y que movi-

liza, nos guste o no nos guste, el progreso científico de la humanidad.

¿Pero a qué se debe este insaciable querer siempre más? ¿Por qué, como bien lo señala Schönfeld, el hombre no sabe hacer otra cosa que correr hacia delante o hacia lo que supone que es adelante?

Para responder a esta incógnita tendríamos que hablar extensamente acerca de la búsqueda de la felicidad (que apenas rozamos en el capítulo anterior), pero no podremos hacerlos en el limitado espacio de este trabajo. Bastará con que recordemos que todos estamos empeñados en esa búsqueda, con tal intensidad que no hay acción humana que no tenga directa o indirectamente esa última y suprema finalidad. Pero como nadie alcanza en este mundo la plenitud de ese estado ideal —además, ¿quién se atrevería a definir qué es la felicidad?—, ante cada meta lograda, ante cada dicha parcial de cuantas solemos alcanzar en la vida, aparece un nuevo deseo más ambicioso y acuciante que el anterior. Estos efímeros gozos son como los peldaños de una interminable escalera que se eleva hacia lo absoluto.

Vistas las cosas así, tendríamos que convenir que el hombre más bien va hacia lo alto y no hacia delante, buscando quizás acercarse a su Creador, aunque a veces lo haga por caminos equivocados precisamente por haberse apartado de las andaduras de la fe.

Y aunque nos resulte paradójico, todo parece indicar que el afán de lucro y el desenfrenado consumismo de las modernas sociedades industriales, no son otra cosa que los medios, a veces angustiosos, por los cuales los hombres buscan inconscientemente elevarse hacia su destino trascendente.

La tentación de volver al mundo primitivo

Cada hombre decide su proyecto de vida y la suma de millones de destinos individuales conforma la trama de la historia y del progreso.

Es verdad, sin embargo, que ese vertiginoso progreso movido por la insatisfacción humana es y será siempre una cosa peligrosa. El riesgo de acabar con el planeta se acentúa con la aceleración del crecimiento económico. Pero cabe nos preguntemos: ¿es que acaso sería posible volver atrás?

Una pregunta parecida le hizo Carlos Rodríguez Braun al economista Friedrich Hayek en una entrevista publicada en *La Prensa* el 12/12/84. El premio Nobel respondió lo siguiente:

«Sería nuestro deseo, pero no. Nos gratifica el pensar que podemos, por ejemplo, volver al orden primitivo, aquello de “lo pequeño es hermoso”.¹ Mas no podemos volver atrás —sigue diciendo Hayek—, porque la población mundial es ya demasiado grande y no seríamos capaces de alimentarla con un regreso al primitivismo. Nada menos que Albert Einstein dijo: “Hay que retornar de la producción para el beneficio a la producción para el uso”. Pero es imposible, no sabemos cómo es ese uso, en una situación de división del trabajo tan intensa como la que se registra en la actualidad, división del trabajo inseparable de la mayor productividad que ha permitido el ensanchamiento de la población mundial».

¹ Hayek alude, evidentemente, al libro de E. P. Schumacher *Lo pequeño es hermoso*, en el cual este autor formula un alegato contra una sociedad distorsionada por el culto del crecimiento económico.

Es verdad que a todos nos seduce por momentos la idea de volver atrás, de conformarnos con menos abundancia de trivialidades y asegurarnos así una vida más humana y un mundo habitable y más seguro para nuestros hijos y nietos. Pero esto no es posible. Si las potencias industriales dieran un solo paso atrás en sus complejos procesos productivos y tecnológicos, dejarían sin comida a millones de seres humanos que no tendrían la más remota posibilidad de sobrevivir.

En fin, el planteo de Schönfeld es indiscutible: estamos amenazando de muerte a nuestro planeta. Pero es necesario dejar bien en claro que no es el mercado libre el responsable de esa amenaza sino el hombre mismo que todavía no ha aprendido a vivir en libertad y que, por añadidura, se ha apartado peligrosamente del camino de la fe.

EL MITO DE LOS MONOPOLIOS

En una de las tantas ocasiones en que el ensayista francés Guy Sorman estuvo en Buenos Aires, un periodista le preguntó si los monopolios eran contrarios al libre mercado. El inteligente divulgador contestó: “*Sí, por completo*”. Y ahí quedó su respuesta, no amplió el concepto, y dejó flotando la idea errónea de que todo monopolio (único vendedor) es antisocial.

Sorman no es el único liberal que descuida este capítulo tan importante a la hora de describir los diversos mecanismos de la economía de mercado. Es por esta negligencia que se ha llegado a creer que toda economía capitalista degenera inevitablemente en su propia contradicción: *el monopolio*. Una de las consecuencias de ese mito es que hasta algunos liberales han aceptado que ese supuesto defecto del sistema se corrija con leyes antimonopolio y ciertas intervenciones estatales en el mecanismo del mercado.

La Argentina no ha escapado a este prejuicio y tiene su propia ley antimonopolio que entre otras cosas prohíbe vender barato (a menos del costo) y restringe las funciones empresariales.

Pues bien, hay una clase de monopolio que se conoce en economía como «monopolio natural», surgido del mercado libre (no otra clase de monopolios que analizaré luego), y que no es una nefasta institución hostil a la libre competencia, sino —por el contrario— el resultado altamente deseable del proceso selectivo que dicha competencia genera. Es el paradigma de la división del trabajo, una especie de tributo público al esfuerzo per-

feccionista, a la creatividad y a la sagacidad empresarial, la prueba más concluyente de la supremacía de los consumidores, quienes en decisiones que se modifican todos los días, determinan qué individuos o empresas han satisfecho mejor sus exigencias.

El derecho de propiedad

Veamos ejemplos sencillos. Los servicios insustituibles de nuestro pediatra o nuestro peluquero; el estilo ameno de nuestro escritor predilecto, el clima acogedor de cierto supermercado y el trato cordial que nos dispensa determinado vendedor de tal o cual comercio. ¿Acaso no ejercen una tiránica fascinación sobre nuestras voluntades? Las características del bar al que concurrimos cotidianamente influyen irresistiblemente sobre nuestra elección, como influyen las bondades de la espuma de afeitar que usamos y las virtudes morales de los amigos que frecuentamos con mayor asiduidad.

Si tenemos en cuenta todos estos condicionamientos naturales de la vida diaria, advertimos que en una sociedad contractual todos somos (o estamos en vías de serlo) monopolistas de, por lo menos, nuestra personalidad y de nuestras aptitudes profesionales.

Esto tiene una explicación muy simple: la natural desigualdad entre los hombres y la diversidad casi infinita de posibilidades creadas en el mundo moderno por el sistema de la división del trabajo, generan espontáneamente lo que en el orden empresarial se llama «monopolio» cuya esencia no difiere de lo que en el orden jurídico se denomina «patentes y marcas» y «derecho de autor» (distintas expresiones del derecho de propiedad), y

que en el ámbito social conocemos como especialización, prestigio o éxito personal.

De lo cual se deduce que monopolio no es otra cosa que el exclusivo derecho de propiedad que toda persona tiene sobre lo que le pertenece.

Precio de monopolio

No tiene sentido entonces alarmarse por la existencia de monopolios en tanto estos sean producto de una selección de los propios consumidores. Pretender combatirlos mediante abstractas leyes antimonopolio, además de imposible, equivaldría a castigar a los triunfadores surgidos de la libre competencia

Ahora bien, la pregunta que surge es si esta condición de «único vendedor» posibilita a quienes la alcanzan, establecer arbitrariamente **precios de monopolio**, es decir, precios superiores a los del mercado en competencia mediante el ardid de reducir la oferta de determinada mercancía cuyas existencias totales controlan.

Y es aquí donde aparece la vieja trampa dialéctica de la *competencia despiadada*. Esta engañosa teoría sostiene que si una empresa vende por debajo del costo hasta liquidar a todos sus competidores, se transforma por esta vía en un monopolio.

Tan fraudulento es este razonamiento que conduce a los incautos a una contradicción increíble: **prohibir la competencia para garantizar la competencia**.

El economista austríaco Murray N. Rothbard al analizar esta celada dialéctica en su libro *Monopolio y competencia* se pregunta:

«¿Pero, que demonios hay de malo en el hecho de que la empresa más eficiente en cuanto al servicio del consumidor sea la que subsiste, en tanto que los consumidores se nieguen a ser clientes de la menos eficiente? Cuando una empresa sufre pérdidas, eso significa que tiene menos éxito que otras para satisfacer los deseos de los consumidores. Resulta curioso que los críticos de la competencia despiadada sean en general los mismos quejosos de que el mercado subvierte la soberanía del consumidor. La venta de productos a muy bajo precios, hasta con pérdida inmediata, es un gran beneficio para los consumidores, y no hay razón alguna para rechazar semejante donativo».

Tras lo cual Rothbard razona que el único problema imaginable surge del supuesto que, después de haber expulsado a todas las demás mediante prolongadas ventas a bajo precio, la única empresa restante, monopolista final, restrinja entonces las ventas y eleve el precio de sus productos hasta hacerlos de monopolio. Pero, se pregunta Rothbard, ¿qué puede impedir que esa ganancia de monopolio atraiga a otros empresarios dispuestos a socavar la empresa existente, consiguiendo para ellos una parte de las ganancias? ¿Qué puede impedir el ingreso de nuevas empresas de la industria, determinando el regreso a los bajos precios competitivos?

Es que competencia quiere decir «mercado abierto», no necesariamente con la presencia de muchos vendedores.

El poder de los consumidores

Esta potencial competencia no es, sin embargo, el único seguro que tiene la sociedad contra los eventuales precios de mo-

nopolio. Los consumidores, soberanos implacables, nunca pagarán un centavo más de lo que ellos creen íntimamente que valen los productos que consumen. Si el monopolista se piensa que una vez eliminada la competencia podrá resarcirse de las pérdidas anteriores y cobrar lo que se le antoje, se llevará una ingrata sorpresa: tan pronto como sobrepase los límites valorativos de los consumidores, éstos se irán retirando de la demanda efectiva determinando que el gasto total en el consumo del producto monopolizado disminuya, lo cual provocará pérdidas que no se compensarán con el descenso de la producción.

Los consumidores, en una reacción que se conoce técnicamente como «elasticidad de la demanda», habrán dejado de comprar dicho producto y gastarán su dinero en la compra de otros bienes, similares o diferentes. Con lo cual se demuestra, de paso, que no sólo compiten entre sí los artículos de un mismo rubro, sino que todos los bienes y servicios están permanentemente compitiendo por conquistar los escasos recursos de los consumidores.

Otro fantasma: el cartel

Los opositores al mercado libre también suelen expresar su temor de que por un lado las empresas de un determinado rubro se fusionen en una gigantesca y única corporación, y por el otro, que esas mismas empresas, sin necesidad de fusionarse, pacten entre sí para formar un poderoso cartel a fin de controlar monopólicamente cupos de producción y precios.

En primer lugar no hay nada de malo en que un grupo de empresas competidoras se fusionen a fin de aumentar la eficiencia mediante un mejor aprovechamiento de los factores de pro-

ducción y obtener mayores ganancias. Las empresas se fusionan de la misma manera (y con la misma legitimidad) conque los particulares unen sus capitales para constituir una sociedad anónima.

Por otra parte debemos reírnos del temido y cinematográfico *cartel*, siempre fugaz, siempre endeble y siempre traicionado por sus mismos integrantes. El cartel se disuelve tan pronto como las empresas más eficientes del grupo se hartan de favorecer a las menos eficientes, o cuando un fuerte competidor se presenta a desafiarlo. Se trata de una unidad transitoria, generalmente un sondeo hacia una futura fusión definitiva, y, en esencia, ninguna diferencia hay entre ambas clases de asociación empresarial.

El mercado libre admite estas maniobras empresariales. Aunque la intención de los empresarios sea egoísta y sus objetivos deliberadamente monopólicos, siempre resultan beneficiados los consumidores. El sistema funciona equilibradamente si existe «igualdad ante la ley» y «mercado abierto»

Monopolios artificiales

Hasta ahora hemos hablado únicamente de esas inofensivas entelequias llamadas *monopolios naturales*. Es preciso que analicemos ahora a los otros monopolios, a los verdaderamente odiosos y antisociales, productos del privilegio y la inmoralidad política, monopolios que por definición constituyen la antítesis del mercado libre. Me refiero a los *monopolios artificiales* formados al amparo del Estado; los únicos monopolios peligrosos y socialmente injustos.

Francis Wayland los definió así:

«Monopolio es un derecho exclusivo otorgado a un hombre o a un conjunto de hombres para que utilicen su trabajo o capital de alguna manera especial».

Era precisamente a este tipo de monopolio al que se refería el Parlamento Británico cuando en 1624 declaró solemnemente:

«Todos los monopolios son completamente contrarios a las leyes de este Reino y son y serán nulos».

El monopolio artificial, por consiguiente, surge de un privilegio especial que otorga el Estado a favor de un individuo, casta o grupo particular para vender o producir determinados bienes con exclusividad, quedando compulsivamente prohibido a los demás el ingreso a ese campo de la producción.

En resumen: con excepción quizás de los medios de prensa que, a mi modesto parecer, requieren una legislación especial para evitar su eventual concentración y garantizar de esa manera el derecho al pluralismo informativo del público, si queremos proteger efectivamente a los consumidores, nuestro objetivo debe ser la derogación de todas las leyes antimonopolio que traban y entorpecen el libre comercio.

«NEOLIBERALISMO»

Gente de la Iglesia, periodistas, políticos e intelectuales insisten en señalar como causante de todos nuestros males a lo que llaman ambiguamente *neoliberalismo*. Es la protesta de moda, el lugar común que se acomoda a cualquier diálogo, a cualquier homilía, a cualquier discusión sobre los problemas del desempleo y la creciente marginalidad social.

La izquierda —derrotada mundialmente, pero no inactiva ni totalmente desmoralizada mientras tenga el mito de Fidel Castro, el último baluarte revolucionario que le queda— parece haber encontrado esta entelequia con el único objetivo de desprestigiar a su peor enemiga: la libertad humana. Porque cualquier término que contenga el vocablo *liberalismo* no puede representar otra cosa que amor por la libertad. ¿Y cómo podemos creer que la libertad humana, última conquista de la civilización, motora de la historia misma, puede ser causante de tantas calamidades?

En principio habría que recordar que el concepto «neoliberalismo» fue una idea del pensador italiano Benedetto Croce, acuñada alrededor de 1930, que consistía en exaltar las ideas liberales en el plano político y rechazarlas en el económico.

¿Y qué demócrata no es hoy liberal en lo político? Menos las minorías marxistas y fascistas que odian la libertad, todos somos liberales al menos en el plano político. Los más bellos principios del liberalismo contenidos en la *Declaración de los*

Derechos del Hombre de 1798 (obra del pensamiento liberal del SIGLO XVIII) y en la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* de 1948, tales como la igualdad ante la ley, el Derecho Penal liberal (nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario; nadie está obligado a declarar contra sí mismo; el derecho al debido proceso, etc.), y la libertad de prensa, por mencionar sólo algunos, constituyen hoy conquistas intangibles de la humanidad.

Ahora bien, cuando el venezolano Hugo Chávez aúlla con su voz campanuda “**¡el neoliberaliiisssmo!**”, o escuchamos la misma despreciada palabra por radio o televisión en boca de honrados profesionales y comerciantes, ¿se refieren a ese neoliberalismo inventado por Croce, hoy aceptado universalmente? No lo creo; tal vez ni sepan quién fue Croce. Más bien se refieren a la libertad de mercado que, según les han hecho creer, hace que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. ¿Por qué hablan entonces de *neoliberalismo* y no de *liberalismo* a secas?

Yo sospecho el motivo. La izquierda, distraída siempre de la realidad que la rodea, consideraba que el liberalismo estaba muerto y enterrado. (Sábato, en *El escritor y sus fantasmas*, sitúa su derrumbe en 1930). Nuestros revolucionarios creyeron religiosamente en las profecías de Carlos Marx. No podían imaginar que impensados líderes mundiales como Ronald Regan, el Papa Juan Pablo II y Mijail Gorbachov compartirían la responsabilidad histórica de empujar al Comunismo, que ya se tambaleaba, y restaurar la cosmovisión de la libertad en todo el mundo. “¡Cómo! ¿El liberalismo no estaba muerto?”, exclamaron desfavorados. No, no es el liberalismo, respondieron los desconcertados ideólogos que vieron temblar sus estructuras, empezando por Fidel Castro, es un *neoliberalismo*, maldito sea.

Y apenas se repusieron de la catástrofe comenzaron la campaña psicológica contra la libertad, acusando a un supuesto sistema neoliberal de todo cuanto le ocurre a la doliente humanidad.

La libertad nunca podría ser causa de injusticias sociales, porque el capitalismo, que es el sistema de organización social basado en la libertad económica, es el único sistema que distribuye el poder entre los ciudadanos, a la vez que limita drásticamente el poder del Estado.

Pero el capitalismo necesita capitales, y los capitales no van allí donde no existen reglas claras y estables, seguridad jurídica y seguridad personal, austeridad fiscal, impuestos razonables, previsibilidad y certidumbre en el marco de los negocios y, sobre todo, respeto por la propiedad privada. De lo cual se deduce que no es capitalista quien quiere (ni el gobierno que así se proclame) sino quien es capaz de crear esas condiciones civilizadas de orden y estabilidad.

ACABAR CON LA POBREZA ES UN DEBER MORAL

Los políticos argentinos debieran comprender que es suicida seguir en su juego de estrategias electoralistas, pueriles lanzamientos fundacionales o transversales, salvajes pugnas internas, financiamiento de los aparatos partidarios con dineros públicos o ilegales, ocultamientos de la verdad y dialécticas de agencia publicitaria con que la mayoría de sus miembros —muchos de ellos jóvenes y ya expertos en el arte de la simulación y la demagogia— creen estar ejerciendo su misión orientadora de la sociedad.

No hay tiempo ni espacio en la Argentina de hoy para seguir haciendo de la política una simple profesión, una carrera lucrativa con un cómodo retiro en la vejez, al mejor estilo de las grandes naciones industrializadas, porque mientras los políticos de partido rivalizan en el comité por una candidatura o por el predominio personal o de camarilla, un millón de nuevos pobres se cayeron de la clase media desde 1995, casi la mitad de los argentinos viven por debajo de la línea de pobreza, entre 17 y 20 por ciento padece exclusión social y cientos de miles de niños crecen como seres subnormales por inadecuada alimentación, muchos de los cuales mueren por culpa de todos nosotros, sin conocer las oportunidades de esta asombrosa era tecnológica, víctimas de una absurda miseria que jamás debió abatirse sobre esta tierra.

No hay tiempo ni derecho moral de hacer lo que estamos haciendo. Reaccionemos antes de que el país estalle. Tenemos por delante un urgente imperativo moral: **liberar de la pobreza a la República Argentina.**

Que nadie diga que este es un objetivo economicista. Producir, crear riqueza para acabar con la miseria es un objetivo altamente moral que sólo puede alcanzarse con trabajo y recursos económicos. ¿Pero cómo se organiza una sociedad para la producción? Ese ya es terreno del conocimiento. Porque producir es un imperativo moral, pero saber cómo hacerlo es un problema cultural.

Y aquí surge un interrogante: ¿es nuestra clase política lo bastante culta como para que esperemos de ella, previo gesto de grandeza y desprendimiento, sepa orientarnos en la oscuridad y señalarnos lúcidamente el acertado camino de la cooperación productiva?

El desafío de la vida

«El hombre que no vive a la altura de su tiempo vive por debajo de lo que sería su auténtica vida, es decir, falsifica o estafa su propia vida, la desvive».

Esto fue escrito en los años '30 por Ortega y Gasset en su ensayo *Misión de la Universidad*, estupenda obra de apenas sesenta y dos páginas en donde describe a la cultura como *«el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee, sistema que representa lo actual, lo nuevo superior de cada época».*

Dice Ortega que la vida es un caos, una confusión en la que el hombre se pierde. Pero su mente reacciona ante esa sensación

de naufragio y trabaja por encontrar caminos, es decir, ideas claras y firmes sobre el Universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. Este sistema de ideas es para Ortega **la cultura**, y advierte que quien quede por debajo de él, quien viva de ideas arcaicas, se condena a una vida menor, más difícil, penosa y tosca.

Expresa más adelante que la característica fundamental de la existencia es su urgencia: la vida es siempre urgente —enfatisa— y la cultura, que es la interpretación de la vida, es igualmente perentoria. La cultura tiene que ser, según este concepto, un sistema de ideas, que nos guíen en el laberinto de la vida.

«Cuando nos hallamos en una situación difícil — ejemplifica Ortega con su admirable claridad—, nos parece tener delante una selva tupida, enmarañada y tenebrosa por donde no podemos caminar, so pena de perdernos. Alguien nos explica la situación con una idea feliz, y entonces sentimos en nosotros una súbita iluminación. Es la luz de la evidencia. La maraña nos parece ahora ordenada, con líneas claras que asemejan a caminos francos abiertos en ellas. De ahí que vayan juntos los vocablos método (que quiere decir sendero) e Iluminación (ilustración). Lo que hoy llamamos hombre culto hace no más de un siglo se decía hombre ilustrado, esto es, hombre que ve a plena luz los caminos de la vida».

La misión del hombre culto

Pero, nos preguntamos nosotros, ¿dónde están aquí esos hombres ilustrados que han de guiarnos en la selva?

Antes de intentar responder esta pregunta analizaremos el concepto de «persona culta», pero cuidándonos de no confundirla con la caricatura habitual, pedantesca y vanidosa del majadero erudito, o erudito a la violeta, como llaman los españoles a la gente superficial que acumula conocimientos tan abrumadores como inservibles.

Una persona culta es un sintetizador del conocimiento universal, no solamente un erudito sino alguien que ha sabido compendiar, seleccionar lo más útil y esencial del conocimiento hasta obtener de ese *cultivo* un producto propio, único, individual. Una persona culta es quien ha perfeccionado sus facultades espirituales e intelectuales distinguiendo lo importante de lo superfluo en el inconmensurable campo del conocimiento humano; alguien que conoce desde la segunda ley de la termodinámica hasta el *Clave bien temperado* de Juan Sebastián Bach; que está familiarizado con lo trascendente de la literatura universal, de las ciencias y de las artes. Pero sobre todo, alguien que —además de todo eso— tiene una clara interpretación filosófica de la historia y domina las principales ideas políticas de su tiempo, incluyendo la más importante —producto genuino, si los hay, de la cultura de Occidente—: **la cosmovisión de la libertad**, y dentro de ella la más moderna de las ciencias sociales, la praxeología (ciencia de la acción humana) y dentro de la praxeología la teoría marginalista del valor. Lo cual implica necesariamente, inevitablemente, reconocer la superioridad del orden social de la libertad sobre todos los sistemas conocidos.

Si la cultura es una síntesis, una selección valorativa del conocimiento, todo hombre culto termina por descubrir, tarde o temprano, los apasionantes principios de la filosofía de la libertad como único método (o sendero) para orientar a la sociedad extraviada y conducirla hacia la prosperidad.

Para Occidente, cultura y libertad son términos sinónimos, porque la historia de Occidente es la historia de la conquista de la libertad y porque la conciencia del hombre libre es, en última instancia, un estado cultural.

Ciertamente no todo liberal es un hombre culto, pero todo hombre culto es necesariamente, fatalmente, un liberal apasionado.

Estar a la altura de su tiempo, saber iluminar el camino de los pueblos, a eso llama Ortega «tener cultura».

Crisis cultural

Y ahora volvamos a la pregunta pendiente: ¿dónde están aquí esos hombres ilustrados que han de guiarnos en la selva?

No me propongo lastimar a nadie, pero debo decir que han quedado muy pocos hombres cultos en la Argentina. Y no los encontraremos (salvo excepciones, que por suerte las hay) ni en los partidos políticos, ni en el gobierno, ni en los medios masivos de comunicación, ni en los templos ni en las cátedras universitarias. Tal vez esta triste realidad se generó por desidia de nuestros políticos (como dijimos varios capítulos atrás), tal vez como siniestro e inconfesable proyecto de dominación, pero lo cierto es que nunca hubo tanta incultura en la República Argentina.

¿Qué otra explicación podría tener esta interminable decadencia? Nuestra crisis permanente no es ni económica, ni política, ni social, ni siquiera moral, es simplemente una crisis cultural.

Los políticos que debieran ejercer su función orientadora no sólo están incapacitados para iluminarnos el camino, sino que ellos mismos marchan a ciegas por la selva, descolgados de la realidad e impulsados por sus apetitos instintivos.

Aunque quisieran no podrían vivir a la altura de los tiempos. Por eso el imperativo moral de acabar con la pobreza será muy difícil de cumplir.

¿Cuál es la solución? Sólo una: trabajar incansablemente por las ideas, trabajar por la cultura.

¿QUEDARÁ OTRA VEZ RELEGADA LA ARGENTINA?

*Artículo publicado en el diario
La Prensa el 11 de junio de 1987*

Como es proverbial en los argentinos —especialmente en sus clases dirigentes y en quienes orientan a la opinión pública—, hemos vuelto a desviar la atención de nuestros problemas de fondo. En un momento histórico mundial particularmente dramático, donde los acontecimientos, lejos de amoldarse a las ilusorias «bisagras» de Alfonsín, se precipitan vertiginosamente exigiendo con perentoriedad claras y valientes definiciones en aquellos que por su condición rectora debieran estar a la altura de los tiempos, hemos postergado una vez más el debate sobre el país que queremos y el orden social en el cual estamos dispuestos a vivir.

Desde los graves sucesos de Semana Santa no pensamos en otra cosa que no sea la crisis militar, como si pudiéramos darnos el lujo de marginarnos durante ocho semanas de los profundos cambios que se están produciendo en el mundo.

Y no es que dicha crisis no constituya un serio problema. Al contrario, lo es, y en grado superlativo. Pero lo problemático de esa crisis, lo que más tendría que preocuparnos e inducirnos a la reflexión, no radica tanto en lo que ocurrió ni en lo que podría llegar a ocurrir, sino en el hecho de que nos vimos envueltos en

ella por causa, precisamente, de nuestra incapacidad para afrontar los problemas cuando todavía estamos a tiempo para prevenir inteligentemente sus consecuencias.

Sucedió lo que sucedió por esa mala costumbre nuestra de eludir la verdad y engañarnos a nosotros mismos, por no atrevernos a llamar las cosas por su nombre ni a tomar decisiones en base a principios e ideas claras. Preferimos emparchar provisoriamente nuestros errores antes que ir al fondo de sus raíces.

Quienes hayan analizado con objetividad todas las opiniones, declaraciones, discursos y comentarios periodísticos que se han venido difundiendo aluvionalmente a través de los diversos medios de comunicación desde que se produjo el lamentable episodio de Campo de Mayo con la tristísima escena de Pascua hasta el epílogo, cuarenta y siete días después, de la sanción de la llamada «ley Rico», estarán de acuerdo conmigo en que pocas veces en los últimos tiempos hemos tenido la oportunidad de contemplar con tan nítida claridad los decepcionantes perfiles de nuestra inmadurez política.

La mentalidad socialista ¹

Y ha sido precisamente esta inveterada inmadurez lo que ha permitido a la ideología socialista ir destilando gota a gota su jugo corrosivo sobre las conciencias desprevenidas de millones de ciudadanos hasta llenar ese vacío intelectual y gravitar así sobre todos los acontecimientos políticos.

¹ **Aclaraciones del autor sobre el término “Socialismo”.** Según el diccionario castellano, «socialismo» es la doctrina que antepone los intereses comunes a los individuales, y «comunismo» es la doctrina contraria a la propiedad individual. Se trata de

dos definiciones filosóficamente coincidentes. Ambas se contraponen con la doctrina liberal que consagra los derechos y garantías individuales como atributos de la criatura humana anteriores al Estado y a la sociedad misma.

No llegó a conocerse en el mundo un solo Estado que se atribuyera haber alcanzado la utópica condición llamada “comunismo”. La hoy inexistente URSS fue siempre una Unión de Repúblicas **Socialistas**. La Cuba castrista, también. La constitución cubana dice en su artículo 1º: “La República de Cuba es un estado **socialista** de obreros y campesinos y demás trabajadores manuales e intelectuales». Y en su artículo 14º expresa esta inequívoca definición: «En la República de Cuba rige el sistema socialista de economía, basado en la propiedad socialista de todo el pueblo sobre los medios de producción y en la supresión de la explotación del hombre por el hombre”.

Por su parte, el fascismo y el Nazismo fueron expresiones socialistas (nacional-socialismo) de originaria inspiración marxista. Hasta Perón, que fue un aventajado discípulo de Mussolini, al fundar su movimiento vaciló entre llamarlo socialista o justicialista.

El famoso economista lord Keynes, cuyas teorías contrarias a la libertad del mercado fueron elogiadas y parcialmente aplicadas en sus regímenes por Stalin, Mussolini y Hitler, no fue sino un socialista encubierto que, a través de la controvertida «Sociedad Fabiana», se propuso socavar los fundamentos del sistema capitalista. Estas ideas lograron penetrar en universidades y círculos académicos y políticos del mundo libre y alcanzaron sus objetivos al barrer, literalmente, la filosofía liberal de esos ámbitos durante casi un siglo. Una salvedad: en la Argentina, el tradicional *Partido Socialista*, conocido durante décadas de división interna como «*socialismo democrático*», otrora verdadero cenáculo de la civilidad, queda excluido del concepto de «socialismo» que yo aquí vinculo al colectivismo y a la supresión de los derechos humanos. El Socialismo de Juan B. Justo, Repetto, Mario Bravo, Alfredo Palacios y Américo Ghioldi, es merecedor de estima y respeto por su historia, por el prestigio de sus dirigentes pasados y por los altos valores éticos y republicanos que siempre defendieron. Por otra parte, las rectas ideas de su fundador, Juan B. Justo, sobre todos las relacionadas con la moneda y la economía, no tenían nada de socializantes, rica herencia cultural que los actuales militantes de este partido desconocen o prefieren ignorar.

La crisis militar —que comenzó en el propio «Proceso», saturado de elementos keynesianos y socialoides—, es también un producto de las influencias subterráneas de esa ideología.

No me refiero a la controversia entre quienes propician una ley de amnistía y aquellos otros que, desde el gobierno y con el respaldo mayoritario de la ciudadanía, impusieron con su voluntarismo numérico el ofensivo concepto de la «Obediencia debida». Tampoco hago alusión a las contradicciones del peronismo, el más inmaduro y, por eso mismo, el más inficionado de socialismo de todos los sectores políticos pretendidamente democráticos, sino a los propios militares, tan poco proclives a exteriorizar con humildad algún pesar por los horrores que protagonizaron en su justa guerra contra la subversión.

No, mis reflexiones no apuntan a desmenuzar estas candentes cuestiones que tomo simplemente como referencias para ir un poco más al fondo de las cosas. Lo que estoy tratando de decir es que en el trasfondo de esta conmoción nacional actúa una ingenua, simplona y gahnápira mentalidad socializante alojada en el corazón de millones de argentinos que de socialistas no tienen nada.

Salvo contadísimas excepciones, en cada declaración u opinión se trasluce el sesgo socializante —hacia el extremo de la izquierda o hacia el extremo de la derecha, que lo mismo da uno que otro socialismo— de quien la expresa, sea militar o civil. Casi todos demuestran una abrumadora impregnación de confusas ideas que aparentan ser democráticas pero que en verdad resultan contradictorias con la libertad como sistema de vida. Unas veces exaltan el Estado omnipotente y otras trasuntan un nacionalismo patológico que reniega de Occidente y se solidariza con el mundo comunista (Martínez de Hoz vendiéndole trigo a Rusia, en desafío del embargo norteamericano por la invasión

de Afganistán, Costa Méndez abrazándose con Fidel Castro, y Caputo negándose a investigar la violación de derechos humanos en Cuba).

Hasta los liberales están cediendo

Cómo estará de desorientada esta sociedad que hasta un partido político de doctrina liberal como la *Unión del Centro Democrático* (UceDé) —que ha sido, es y debiera seguir siendo una esperanzadora cruzada contra el colonialismo ideológico socializante, y verdadera alternativa democrática del populismo radical-peronista, ha padecido los primeros síntomas de la infección que se proponía combatir.

Efectivamente, han aparecido en sus entrañas líderes y grupos internos de inusitado activismo que hablan de «nuevo liberalismo», «liberalismo solidario» y «liberalismo social y popular», expresiones que se complementan con la agresión hacia sus más respetables dirigentes a quienes exigen nada menos que abandonar los principios doctrinarios y hacer política demagógica para llegar al poder cuanto antes y a cualquier precio. Si hasta buena parte de la juventud liberal parece haber caído en el descreimiento de las sanas ideas que un día la apasionaron, y muchos de sus integrantes se sienten más a gusto defendiendo la «democracia» en la Plaza de Mayo, compartiendo cánticos con «Montoneros» y los jóvenes turcos de la «Coordinadora» radical, que apoyando activamente en el Congreso Nacional la solitaria y a menudo sobresaliente actuación de sus propios legisladores.

Y hago esta mención porque es un hecho que en el mundo desarrollado la ideología liberal está alcanzando un sorprendente

rango cultural luego del agotamiento del «Estado benefactor» de la socialdemocracia. Los intelectuales están descubriendo a von Mises y a Hayek, y una mentalidad individualista y antiestatista ha comenzado a rebelarse contra la masificación y el intervencionismo estatal.

Si nuestra clase política fuera lo suficientemente, no digamos culta (porque tampoco podemos pedir milagros), pero sí madura y sagaz, la Argentina tendría el privilegio de ser uno de los primeros países marginales en adoptar esos nuevos conceptos antes de que el nuevo orden social a estructurarse en el mundo bajo el liderazgo de las naciones conducidas por los estadistas más lúcidos, vuelva a relegarnos, esta vez quizás por décadas, al rincón de los atrasados y dependientes. Este gobierno tiene hoy la gran oportunidad de ponerse de un salto a la altura de los tiempos y demostrar que al menos posee alguna intuición histórica que legitime su pretensión de gobernar.

Pero esta posibilidad se está diluyendo. De lo mucho que se habló sobre la «solución liberal» en estos cuatro años de democracia, apenas prendió una tímida intención de privatizar algunas pocas empresas estatales. Pero no sólo Alfonsín no privatizó nada sino que, además, a nadie parece importarle el sistema corporativo con su estructura socialista que hemos venido montando durante los últimos cuarenta años, realidad esta última mucho más peligrosa que el déficit de las empresas estatales.

Pero si los radicales no perciben las vibraciones de este cambio ideológico mundial, y los liberales de la UceDé se dedican a hacer demagogia imitando a los grandes fracasados de la historia en lugar de inducirlos al cambio o, al menos, de impedir la torpeza de contradecirlo, no hay entonces esperanzas para este desdichado país.

¿Hacia un régimen marxista?

Si no hacemos algo a tiempo, este modelo corporativo unido a la mentalidad socialista del argentino medio nos ha de llevar, inevitablemente, hacia un régimen autoritario de izquierda. Quizás un autoritarismo no desprovisto de ciertas formalidades democráticas y hasta de algún aparente y novedoso estado de derecho. Basta con manipular a la Justicia para amordazar y perseguir, con apariencia legal, a opositores y presuntos «desestabilizadores».

El sencillo expediente de reformar legalmente la Constitución Nacional para consagrar los llamados «derechos sociales» e instituir algún exótico sistema de gobierno con activa participación popular, constituirá el tramo final de esa indolora y lenta transición hacia un régimen autoritario por la que nos venimos deslizando tan complacientemente desde hace décadas.

Pero, atención, no es que la inmensa mayoría de los argentinos quiera terminar así. Al contrario, todo el mundo quiere vivir en libertad, con democracia, pluralismo, tolerancia y respeto de los derechos individuales. La prueba de ello es que la izquierda no supera jamás el 8 o 10 por ciento de los votos. Lo paradójico es que quiere la libertad, pero sus ideas, sus conceptos, sus simpatías y sus prejuicios se inclinan inconscientemente hacia el socialismo.

Es que el argentino medio no sabe todavía que libertad y socialismo son conceptos antitéticos e irreconciliables. La sociedad argentina y sus clases dirigentes han caído ingenuamente en la trampa de la grata combinación **liberalismo-socialismo**.

“*Creo en el socialismo en libertad*”, le oí decir un día a Ernesto Sábato, uno de los hombres más inteligentes, honrados y, a

la vez, profundamente equivocados de esta Argentina contradictoria e inmadura.

Las alabanzas desmedidas que se le prodigó aquí al señor Guerra, conspicuo socialista español que nos visitara recientemente, muestran el grado de enamoramiento del argentino medio hacia las ideas utópicas del socialismo supuestamente liberal y democrático.

Y esa mentalidad es la que nos induce a creer en la falsa alternativa de *golpe o democracia*, cuando la verdadera opción del mundo civilizado es hoy *libertad o socialismo*.

Seguimos eludiendo el problema de fondo mientras la pobreza y el resentimiento se adueñan de vastos sectores populares. Entretanto la ideología avanza en la cultura, en la enseñanza, en la economía y, por supuesto, en la conciencia descuidada y confundida de cada ciudadano argentino.

CUANDO LA ILUSIÓN SE HACE AÑICOS

*Artículo publicado en **La Prensa**
el 29 de enero de 1992*

Hacía varios años que no lo veía. Me costó reconocerlo. ¡Qué avejentado estaba! Viajaba en el último asiento del colectivo. Inmóvil, con la mirada fija en el piso, tenía una traza de abandono apenas desmentida por sus modernas zapatillas deportivas.

Pobre Eugenio, qué cambiado lo vi, qué dispar esa mueca triste de su expresión inteligente y alegre de otros tiempos. Me conmovió esa repentina visión: estaba ante un hombre viejo y fracasado. Fracasado en su vida y en sus ideales.

Él pareció percibir mi mirada y levantó la cabeza. Instintivamente me oculté entre los pasajeros. No sé por qué rehuí saludarlo. Tal vez fue recato ante su melancolía desnuda, o... porque me sentí culpable.

Es que toda mi vida fui un impiadoso enemigo del comunismo. Y ahora que ese abominable sistema de servidumbre se desplomó para siempre, vi en ese rostro desolado la imagen patética de los derrotados, la representación viva de quienes todo lo dieron y todo lo sacrificaron por esa ilusión hecha añicos.

Nos conocimos siendo yo un adolescente y él ya un hombre adulto. Por nuestras divergentes ideas —él marxista ortodoxo y

yo un liberal en trabajosa formación—, nunca llegamos a ser amigos. Con el tiempo apenas si nos saludábamos. Había entre nosotros un recíproco sentimiento de rechazo. Sin embargo tuvimos motivos para respetarnos: los dos nos parecíamos en nuestra autenticidad y en la robustez de nuestros convencimientos. Una misma llama platónica encendía nuestros corazones.

Eugenio, hombre culto y sensitivo, jamás fue uno de esos intelectuales de izquierda que desde la cátedra universitaria, desde la televisión “transgresora” o a través del humorismo malhumorado, se dedicaron a envenenar el alma de los jóvenes y a demoler los valores de nuestra cultura. Tampoco fue un agitador profesional ni mucho menos un subversivo. No, nada de eso. Eugenio fue un sacrificado activista que en sus horas de descanso asistía a las extenuantes reuniones del partido, redactaba tremebundos libelos contra el capital y el imperialismo, los mimeografiaba con un destartalado *Gestetner* y luego los repartía en una de esas curiosas mesas panfletarias instaladas vaya uno a saber por qué en las calles más burguesas del centro.

Vivió para el partido y para la guerra de clases, absurda guerra, al decir de Borges, que no admitía otros beligerantes que los de un solo bando.

Odió tanto a los empresarios que nunca pudo vivir sin ellos: no quiso ser otra cosa que un humilde proletario al servicio de un despreciable patrón. Patrón que en la vida real no resultó ser tan malo, y que hasta que Eugenio se jubiló solía escuchar, con curiosidad y respeto, las apasionadas opiniones de su «esclavo».

Y no es que a Eugenio no le gustara el dinero. Es falso que a los idealistas y a los sabios les sea indiferente ser ricos o pobres. Prefieren la riqueza, sólo que nunca están dispuestos a renunciar a sus sueños o a sus inclinaciones por intentar alcanzarla.

«*Quiere el sabio ser rico* —escribió Scalabrini Ortiz—, *pero para serlo no malgasta una hora de su tarea*».

Así fue Eugenio. Su familia sufrió privaciones y miedos. A menudo lo cachiporrearon y lo arrestaron. Su nombre figuraba en una arcaica lista negra de la Policía Federal, y cada vez que los gobiernos militares decretaban el estado de sitio, lo iban a buscar. Pero él lo aguantaba todo. Era optimista, entusiasta, siempre sonreía. ¡Estaba tan seguro de que el mundo iba al socialismo!

En su intimidad soñaba con ser uno de los poderosos ejecutores de la reforma social cuando la revolución triunfara. ¡Qué orgullosa y sorprendida se habría sentido la quejosa de su mujer! Si una vez, cuando el partido lo honró con una modesta responsabilidad rentada —según él mismo relató a un amigo común— ella hasta se ocupó de que en la casa hicieran silencio para que él pudiera dormir la siesta.

Recuerdo su impaciencia en los primeros años de la sangrienta década de los setenta. Todavía en la plenitud de su vitalidad, vislumbraba ansioso el inminente cambio. Siempre había predicado la revolución pacífica, pero convalidaba silenciosamente la violencia como método inevitable para acelerar el proceso. Mientras otros secuestraban y mataban, él redobló su esfuerzo intelectual: sudó tinta, arengó obreros y organizó manifestaciones y asambleas vecinales con curas del «tercer mundo». Confieso con vergüenza que, en cierto momento de aquellos terribles años, llegué a odiarlo como a un execrable enemigo social.

Pero al verlo ahora así, tan exangüe y desvalido, no puedo menos que aborrecer mi sectarismo de antaño. Eugenio había sido siempre, al fin y al cabo, un pobre y sufriente ser humano como yo, tan simple, inofensivo y frágil como lo somos la ma-

yoría de quienes habitamos precariamente este mundo, más allá de nuestras vanidades y estúpida arrogancia.

Pensé en su familia, en su esposa que probablemente nunca entendió su anticlericalismo contumaz ni su espiritualismo sin Dios, y que ahora lo ve regresar por las noches taciturno, secretamente arrepentido de haber arruinado la vida de ella y la suya por una quimera. Tal vez ella no lo culpe; tal vez ni se hablen ya, habitando ambos un silencio más punzante que los reproches.

Dice el Evangelio que el que lo ha dado todo excepto la vida, en verdad no ha dado nada. Debe de ser reconfortante llegar a la ancianidad luego de una vida entregada a una causa noble y útil para los demás. Pero, ¿qué consuelo, que gratificación retrospectiva puede esperar en su hora crepuscular alguien que lo ha sacrificado todo... por una insensatez, por un delirio que sólo causó humillación, miseria y muerte a millones de seres humanos de todo el mundo?

Lo penoso de la vejez es que uno se queda sin futuro. Pero lo de Eugenio es todavía peor: él ha perdido también su pasado.

Quisiera redimirlo pero no veo cómo. Sólo atino a rescatar una valiosa lección para todos nosotros, pero especialmente para los jóvenes: no importa qué ideales abracemos ni a qué sueños nos entreguemos en la vida, seamos siempre capaces de dudar, de revisar nuestras certitudes y de abrirnos generosamente a las verdades de los demás.

LAS UTOPIÁS DE LA IGLESIA

*Artículo publicado en el diario **La Capital** de
Mar del Plata, el 12 de abril de 1992*

Desde la encíclica *Centesimus Annus* cuya moderna doctrina reconcilió a la Iglesia con el sistema capitalista, los obispos argentinos y el clero en general habían morigerado sus habituales opiniones condenatorias de la economía de mercado.

Pero fue suficiente que el Papa comunicara al gobierno argentino una severa advertencia sobre la situación de los pobres para que renovaran sus ásperas críticas contra las ideas económicas liberales.

Monseñor Casaretto, uno de los prelados más respetables e inteligentes del episcopado, fue muy expresivo cuando declaró: «*En el mundo hay una tendencia al liberalismo y el liberalismo, si no es acotado, puede caer en el capitalismo salvaje*».

Si monseñor Casaretto se ha referido al capitalismo liberal tal como lo conocemos en las naciones más evolucionadas, se está equivocando de enemigo, porque ese modelo es, con todas sus lacras e imperfecciones, el sistema de organización social más civilizado y justo que ha conocido la humanidad.

Se trata esencialmente de un sistema de distribución del poder, mediante el cual se limita el poder del Estado y de las corporaciones para transferirlo a los ciudadanos. **Cuanto mayor es**

la libertad individual, más amplia y equitativa resulta en los hechos esa distribución de porciones de poder.

Si entorpeciéramos esa tendencia natural hacia un ejercicio cada vez más perfeccionado de la libertad individual, como lo sugiere monseñor Casaretto al decir que debemos acotarla, estaríamos interrumpiendo el beneficioso proceso de transferencia de poder a los ciudadanos. Y todo poder que no se distribuye entre muchos queda inevitablemente concentrado en unos pocos.

Si queremos jugar con las palabras, «capitalismo salvaje» era en todo caso lo que teníamos en la Argentina antes de 1990: antiliberal, fascistoide, corporativo, prebendario, estatista y plagado de sinecuras y privilegios para unos pocos. La pobreza y la marginalidad social es el producto acumulado por décadas de ese sistema corrupto y no de la incipiente economía de mercado hacia la que dificultosamente estamos transitando.

¿Contra los débiles?

Es común que los hombres de la Iglesia consideren al capitalismo liberal como la ley de la selva en donde sobreviven los fuertes y perecen los más débiles. Claro, se dice que en un mercado libre los más hábiles y eficientes ganan dinero y progresan, mientras que los incompetentes desaparecen. ¡Pero esto se refiere a las empresas y no a las personas!

En el sistema capitalista las empresas están al servicio de los consumidores que somos todos nosotros, pobres y ricos. Deben competir entre sí para ofrecernos siempre un mejor servicio. Ellas prosperan únicamente si satisfacen nuestras necesidades y preferencias. De lo contrario el organismo social las elimina como a células muertas.

Pero somos nosotros, los consumidores, quienes tomamos esas duras decisiones. Si a esto llamamos «capitalismo salvaje» tenemos que empezar por admitir que los despiadados somos nosotros y no los empresarios que están sometidos a nuestro poder de decisión.

Pero es precisamente en este implacable proceso de selección empresarial donde las personas más débiles y menos dotadas encuentran las posibilidades de sobrevivir y progresar.

Recordemos que el capitalismo no creó la pobreza, la combatió y logró reducirla extraordinariamente. La pobreza ha dejado de ser un sino fatal desde que hay capitalismo en el mundo. Como ha dicho Julián Marías: *«Ahora todos estamos expuestos a la pobreza, pero no condenados a ella»*.

El capitalismo alimenta y asiste a los pobres, los respeta, les otorga una cuota de poder y les abre las puertas a todas las posibilidades de progreso y éxito personal.

Aún el más pobre se beneficia con la competencia capitalista: tiene más productos a su disposición y los empresarios se desvelan por venderle.

Trabajadores y desvalidos

Algunos de mis lectores estarán pensando: “Sí, muy bien, pero la competencia también se da en el campo del trabajo personal”. Efectivamente, los trabajadores más capaces y mejor preparados son quienes mejores salarios reciben, como es justo. Pero esto no quiere decir que los menos dotados sean desplazados del mercado laboral. Todo lo contrario. La ganancia de las empresas genera acumulación de capital que es invertido en nuevos proyectos productivos que necesitan mano de obra cali-

ficada y no calificada. Cada trabajador que sube un peldaño en su progreso laboral debido a su capacidad y profesionalidad, deja tras de sí un vacío que ocupa otro trabajador menos calificado. Los que suben succionan a los que están debajo, toda la sociedad se moviliza y tanto la mayor productividad como la creciente demanda de mano de obra hacen que los salarios se incrementen continuamente.

Ahora bien, cuando los obispos se refieren a los desvalidos, no hablan, supongo, de los trabajadores sino de los discapacitados, los enfermos, los ancianos y los niños sin hogar. Más que criticar a un sistema económico estarían apelando a nuestro sentido de solidaridad social. La caridad cristiana es una virtud que todos deberíamos ejercitar independientemente del sistema económico en el que nos desenvolvemos.

Sin embargo, el capitalismo nos ayuda a ser buenos cristianos más que ningún otro sistema conocido. Veamos la opinión del escritor norteamericano Howard Baetjer:

«Aún para los lisiados, que siempre dependerán de otros, el capitalismo es el mejor sistema; en el capitalismo la producción es abundante, existe un excedente de bienes cada vez mayor que se puede utilizar para ayudar a los desafortunados. Cada norteamericano contribuye anualmente con un promedio de 650 dólares a las instituciones benéficas. ¿Cómo la gente, en los países no capitalistas, podría proporcionar sillas de ruedas, piernas ortopédicas y libros en casetes, si escasamente produce para alimentarse a sí misma?».

En síntesis, el capitalismo no es un sistema de competencia biológica (ley de la selva) sino de competencia social (pugna por

servir mejor a los demás) que genera abundancia para todos. Es el sistema económico que más beneficia a los débiles y a los peor dotados.

¿Qué es una economía solidaria?

Por otra parte la Iglesia propone a menudo sustituir una economía para el lucro por una *economía solidaria*. ¿Pero qué es una economía solidaria? En primer lugar debiéramos aclararles a nuestros bondadosos pastores que la economía es una ciencia, y que lo que conocemos como economía de mercado es la versión moderna del antiguo capitalismo, donde, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, el Estado ahora interviene para garantizar la competencia social y asegurar el principio de igualdad ante la ley.

Entre otras cosas, la Iglesia acusa al capitalismo de inhumano, pero en este sistema los más ricos dan trabajo y venden barato a los pobres, aunque también se den casos de abusos contra los más débiles.

La venta de esclavos fue un día una cuestión de mercado. También lo son, lamentablemente, el tráfico de drogas y la prostitución infantil. ¿Pero podemos culpar al capitalismo por estas lacras? Por ejemplo, cuando Judas traicionó a Jesús por treinta monedas cumplió con un compromiso contractual. El contrato es un instrumento fundamental del mercado, hasta el punto de que al mundo capitalista se lo llama «sociedad contractual». Pero en el caso de Judas ¿quién fue el inmoral, el contrato como institución o quienes lo pactaron? Un cuchillo de carnicero sirve tanto para trabajar honradamente como para destripar a un ser humano. ¿Condenamos al cuchillo o al asesino que lo utilizó?

El capitalismo, un cuchillo o el sistema métrico decimal son simples medios, herramientas desprovistas de sentido moral. No son ni morales ni inmorales: **son amorales**. Sólo las personas son susceptibles de juzgamiento moral.

Por otra parte el capitalismo es una de las formas posibles, no utópicas, de organización social. Tiene mil defectos y limitaciones, pero hasta ahora es el único sistema que ha logrado arrancarle poder al Estado y a las corporaciones y lo ha diseminado entre la gran masa de los ciudadanos comunes. Proceso éste incontenible en el mundo desarrollado y que lamentablemente es retardado y obstaculizado en los países en vías de desarrollo.

La solidaridad compulsiva

La Iglesia dice que quiere humanizar al capitalismo, hacerlo solidario. Está bien, aceptado, ¿pero cómo? Si les decimos a las amas de casa: “Sean solidarias, no les compren a los hipermercados; hagan un sacrificio, gasten un poco más y cómprenle al almacenero de su barrio”, estaríamos intentando «humanizar» a la gente por el buen consejo y la persuasión en favor de sus semejantes. Pero si exigimos a nuestros legisladores que dicten leyes u ordenanzas que prohíban abrir nuevos hipermercados para proteger a los pobres almaceneros (y también, ya que estamos, a los pobres supermercados ya instalados), no estamos humanizando el capitalismo, estamos sencillamente cercenando la libertad de elección de los consumidores al obligarlos a gastar mal su dinero, a ser solidarios a la fuerza.

Otro ejemplo: un párroco bondadoso contrata para su capilla a dos sacristanes cuando sólo necesita uno. Siempre que lo haga

libremente y su obispo de lo consienta, sería una hermosa prueba de solidaridad social (aunque no precisamente de buena administración), sobre todo porque serviría de ejemplo para que los empresarios, tan vapuleados en las homilías, hicieran lo mismo.

Cuando la Iglesia quiere una economía solidaria, ¿a cuál de estos dos modelos se refiere? ¿A la **solidaridad voluntaria**, que es la única cristiana, la que todos debiéramos practicar en nuestras acciones cotidianas, es decir, una orientación de nuestro libre albedrío hacia el altruismo; o a la **solidaridad compulsiva**, que es por definición autoritaria, antidemocrática y anticristiana?

Creo que las dos son utopías. Pero si se trata de predicar para que todos seamos un poco mejores, bienvenida será siempre la posición moral de la Iglesia. Lo que no me parece muy razonable ni práctico es la otra utopía, la de presionar al gobierno para que nos convierta por decreto en cristianos ejemplares.

OTRA VEZ EL PROTECCIONISMO

*Texto unificado de varios artículos publicados
en **La Capital** en 1992, 1993 y 1994*

La industria automotriz era el único sector productivo que había logrado un régimen de privilegio. La excusa fue que esa industria producía un alto porcentaje del Producto Bruto Interno, y no era conveniente exponerla a la ruina nada más que para que los trabajadores argentinos pudieran comprar un auto importado barato.

Pero ahora la protección se ha extendido a la industria del papel, y se estudian medidas similares en beneficio de los textiles y siderúrgicos. Se las llama «medidas *antidumping*», pero en la práctica significa que los consumidores tendremos que pagar más caras las prendas de vestir, y los productores de manzanas, sus envases de cartón. Todo para que un grupo de empresarios ineficientes, con equipos y mentalidad obsoletos, siga sobreviviendo un tiempo más sin hacer ningún esfuerzo de reconversión.

El aspecto moral

Los impuestos a las importaciones, cuando son aplicados igualitariamente y en términos razonables, tienen una sola justificación, la de constituir una legítima fuente de ingresos para el

Estado. Utilizarlos como herramienta política de protección de la industria nacional —o de algunos sectores de ella, lo cual es todavía peor—, equivale a conceder privilegios monopólicos a unos ciudadanos en prejuicios de otros. Se trata, ni más ni menos, que de una inmoralidad.

Y si no, veamos lo que opinaba Alberdi:

«Los medios ordinarios de estímulo que emplea el sistema llamado protector o proteccionista, y que consiste en la prohibición de importar ciertos productos, en los monopolios concedidos a determinadas fabricaciones y en la imposición de fuertes derechos de aduana, son vedados de todo punto por la Constitución argentina como atentatorios de la libertad que ella garantiza a todas las industrias del modo más amplio y leal, como trabas inconstitucionales opuestas a la libertad de consumo privado, y, sobre todo, como ruinosas de las mismas fabricaciones nacionales que se trata de hacer nacer y progresar». Y termina Alberdi su claro concepto con estas palabras: «Semejantes medios son la protección dada a la estupidez y a la pereza, el más torpe de los privilegios».

Efectivamente, los cupos de importación, las llamadas «cláusulas gatillo», los altos aranceles, la directa prohibición de importar o, en otro contexto, la devaluación de la moneda, benefician injustamente a una minoría empresarial mientras se obliga a la mayoría de los habitantes a pagar precios mucho más altos por bienes a veces de inferior calidad. Es una violación escandalosa del principio constitucional de igualdad ante la ley.

Suprimir barreras

La argentina tiene que decidirse a suprimir todas las barreras que desalientan su libre comercio exterior. No saldremos adelante sin atrevernos a enfrentar al mundo.

Los que se oponen a la apertura dicen que en un mundo donde todos los países —incluidos los altamente industrializados— ponen barreras proteccionistas y practican el *dumping*, no actuar con reciprocidad implicaría exponernos a graves consecuencias.

Yo creo que para incorporarse al mercado del mundo entero no es necesario consultar con nadie ni esperar que otros bajen sus impuestos de importación o dejen de subsidiar a sus propias industrias. Basta simplemente con eliminar unilateralmente los factores que aíslan, porque el aislamiento lo causa el país mismo, no el vecino.

¡Integrarse al mundo por propia y soberana decisión! Esa es la idea que debiera prevalecer por encima de los intereses de empresarios incapaces de competir y de afrontar dificultades.

Finalicemos con otra frase de Alberdi:

«La aduana proteccionista es opuesta al progreso de la población, porque hace vivir mal, comer mal pan, beber mal vino, vestir ropa mal hecha y usar muebles grotescos, todo en obsequio de la industria local que permanece siempre atrasada por lo mismo que cuenta con el apoyo de un monopolio que la dispensa de mortificarse en mejorar sus productos»

El problema del desempleo

Los industriales denuncian *dumping*, subsidios, exenciones impositivas, salarios de esclavitud, etcétera. Lloran siempre, y culpan al tipo de cambio y a las ventajas “desleales” de la competencia externa por el creciente desempleo, sin duda el problema social más grave que hoy tiene la Argentina.

Pero muchos de estos industriales son los mismos que antes de 1990 nos hacían pagar mil dólares por un televisor, cincuenta dólares por una camisa de mediocre calidad y quince dólares por un destornillador común.

Considerando lo fácil que les resultó la vida, siempre asistidos por los gobiernos de turno, siempre ayudados por créditos que les licuaba la inflación, su gimoteo resulta bastante comprensible: se supone que ahora somos, mal o bien, un país “capitalista”, salto cualitativo desde el cual ya no será posible retroceder; y el sistema capitalista no es precisamente un paraíso terrenal para empresarios tan mal acostumbrados. A muchos les va a resultar imposible alcanzar la competitividad que nunca tuvieron ni necesitaron. Otros tendrán que hacer esfuerzos considerables de reconversión y, lo más importante, repatriar algo del dinero que tienen guardado en el exterior. Los más astutos vendieron a tiempo sus industrias y ahora se dedican a criar caballos de carrera o a coleccionar obras de arte. (No olvidar que cuando alguien vende es porque otro compra).

¿Qué hay *dumping* en algunas mercaderías importadas, es decir, que ingresan al país con precios por debajo del costo? Está bien; pero si hablamos de competir en un mercado libre ¿qué diferencia hay entre esta estrategia externa —siempre excepcional y muy relativa— y el proceso de competencia interna, cuando una empresa más moderna y eficiente logra menores

costos y desaloja del mercado a las otras del ramo que no supieron adaptarse a los cambios y satisfacer a los clientes?

¿Y acaso las empresas nacionales que reflejan pérdidas en sus balances no están practicando *dumping* sin que se las pueda acusar por ello?

El *dumping*, ya sea interno o externo, es simplemente uno de los tantos riesgos a los que están expuestos los hombres de negocios. Pero también son un gran beneficio para los consumidores, y en un país con tanta pobreza y necesidades insatisfechas como la Argentina no hay razón (yo diría que no hay derecho moral) para rechazar mercadería barata, venga de adentro o de afuera.

Los industriales argentinos tienen que aprender que la libre empresa es un sistema de pérdidas y beneficios. Así como hay circunstancias favorables que les proporcionan inesperadas ganancias sin que nadie proteste por ello, también deben soportar las condiciones adversas y afrontar los desafíos que el mercado mundial les plantea.

¿Empleos a cualquier costo?

Ahora bien, si el objetivo es dar trabajo a cualquier costo, podríamos alentar proyectos tan disparatados como la producción de café y bananas en grandes invernáculos calefaccionados con energía nuclear. “Autoabastecimiento”, “sustitución de importaciones”, ¿acaso no conocemos estas viejas recetas del curanderismo económico? ¡Qué fácil sería resolver con ellas el problema del desempleo, si no fuera que ya se probaron tantas veces aquí y en el mundo!

¿Invernáculos en la Patagonia para producir café y bananas? ¿Por qué no? Técnicamente ese proyecto es factible. Pero, ¿qué caro nos costaría tomar un café con un amigo o prepararnos un licuado de banana con leche!

Si el objetivo es dar trabajo a cualquier costo, la idea no es ilógica. Ahora habría que ver cómo lo tomarían los argentinos a la hora de pagar esos productos. “Este café vale un peso, pero además tiene que pagar otros dos pesos para mantener a los que lo producen en los *termonucleocafetales* del Sur, más cinco pesos con cincuenta de impuestos para el Fondo Nacional del Café y dos con ochenta para la Comisión Nacional de Energía Atómica. Todo más el IVA, claro.

Sólo los ricos tomarían café. Pero como semejante proyecto no podría sostenerse con tan escasa demanda, habría que hacerle pagar a los pobres parte del consumo de los ricos con impuestos que directa o indirectamente pagaríamos todos los ciudadanos. (Cuando Aerolíneas Argentinas era una deficitaria empresa del Estado, se decía con razón que los pobres que, nunca viajan en avión, subvencionaban a los ricos que iban al exterior a precios internacionales).

Si hasta podríamos financiar la exportación de café y bananas, a precios de dumping, naturalmente.

Con este ejemplo absurdo pretendo demostramos que “vivir con lo nuestro” es posible y que ello puede solucionar “fácilmente” el problema del desempleo. Pero, ¿esa es la solución? Se dice que en los tiempos de Stalin se empleaban a miles de obreros para cavar zanjas durante el día y a otros miles para tapanlas por las noches. Era una forma de dar trabajo. Pero en este concepto hay un error descomunal: los puestos de trabajo tienen que ser productivos, aptos para aportar a la sociedad más bienes y servicios para consumir. Cada nuevo empleo tiene que aliviar a

los demás trabajadores y no ser una carga para ellos; cada nuevo trabajador tiene que contribuir a elevar y no a disminuir bajar la calidad de vida del conjunto de la sociedad.

Es decir, con el proteccionismo creamos y conservamos algunos empleos improductivos a costa de pagar más caros los productos que consumimos. Pero así perjudicamos a los que menos tienen, achatamos el progreso de toda la Nación e impedimos la formación de miles de nuevos empleos productivos propios de una sana industria competitiva y de la actividad importadora: cadenas de comercialización, transportes, distribución, seguros, publicidad y toda clase de servicios complementarios, hoy mucho más efectivos que la industria para dar trabajo y movilidad social.

¿Quién dijo que es malo importar?

Pero ocurre que desde siempre nos han hecho creer que exportar es mejor para el país que importar. ¿Por qué? ¿De dónde salió esa fábula? Si es al revés. Los consumidores argentinos no podemos disfrutar de los bienes que se venden al exterior; en cambio sí lo hacemos con los productos importados que vemos a nuestra disposición en las vidrieras.

Es que los latinoamericanos aún no hemos aprendido que en materia de comercio exterior la ganancia del pueblo está en las importaciones y no en las exportaciones. Lo que exportamos es simplemente el precio que pagamos por lo que importamos. Es decir: **tenemos que exportar más, es verdad, pero para poder importar cada vez más.**

Vean lo que dijo Milton Friedman sobre este tema: “*Lo ideal sería importar todo lo que deseamos, y pagar por ello... ¡exportando lo menos posible!*”

Lo que está ocurriendo hoy (1994)

En la Argentina el proteccionismo ha sido casi una religión desde la década de los ‘30. El actual gobierno tuvo la lucidez de quebrar esa pesada inercia. Pero el incipiente cambio se encuentra amenazado por el accionar subterráneo de ciertos grupos corporativos que han logrado decisiones gubernamentales que contradicen aquellos claros objetivos de apertura del comercio exterior.

El problema no se nota en los enunciados generales (que siguen siendo filosóficamente inobjetable) sino en los detalles técnicos, esos que se manejan arcanamente en los laberintos tecnocráticos de la refinada ingeniería macroeconómica, donde un ignoto subsecretario o un oscuro director con título de Harvard puede hacerle firmar al ministro una resolución imponiendo trabas a la importación de tal o cual mercadería por la sola y alarmante circunstancia de que llega demasiado barata a los pobres consumidores argentinos.

Quieren prohibir la importación de máquinas usadas

Veamos otro caso de reacción corporativa. El presidente de la Unión Industrial Argentina declaró recientemente que debiera prohibirse la importación de bienes de capital usados porque, según su opinión, “los industriales locales no pueden competir

con la importación de estos bienes que se venden a precio de chatarra” (LA PRENSA, 26/3/94).

Si hasta las Fuerza Armadas acaban de comprar aviones usados en los Estados Unidos, ¿por qué los empresarios no pueden hacer lo mismo?

¿Pero acaso no son también industriales los que compran estas máquinas de segunda mano? Enhorabuena que puedan adquirirlas a precios de chatarra, porque el dinero ahorrado podrá emplearse en otra inversión. ¿Por qué el presidente de la UIA pide la intervención del Estado para prohibir importaciones que en definitiva van a reducir costos de producción? A la sociedad no tiene que importarle un ardite que el fabricante de maquinarias local haya perdido esas ventas. Se trata simplemente de dinero que cambia de bolsillo: se escabulle del bolsillo del menos eficiente y va a parar al bolsillo del más eficiente.

Supongamos que un fabricante de pianos quiere comprarle a la Casa Pleyel de París un entorchador automático de cuerdas cuyo rendimiento, a pesar de ser de segunda mano, es superior a los que se producen en el país. ¿Por qué se lo vamos a prohibir? ¿Nada más que para proteger a los artesanos que todavía fabrican entorchadores a pedal?

Los perdedores, en lugar de maldecir la apertura económica y suplicar la protección estatal, tienen que reflexionar sobre las causas siempre racionales que indujeron a su potencial cliente a darle la espalda y preferir la chatarra importada.

Les ocurrió a los linotipistas porteños cuando Félix Laiño hizo importar para LA RAZÓN los primeros equipos de fotocomposición en frío. Las resistencias iniciales no podían sino terminar por rendirse ante una opción irreductible: o se capacitaban para manejar los nuevos equipos o serían reemplazados por

jóvenes dactilógrafas que nunca habían oído el tóxico vapor del plomo derretido.

Pero además está el sentido común. Yo puedo comprar un auto usado, un lavarropas usado y hasta un ataúd usado. De hecho, la compra venta de objetos usados constituye en todo el mundo uno de los mercados más activos y populares. Y a nadie se le ocurre pensar que estas transacciones perjudican a la industria.

Ahora bien, ¿qué diferencia hay entre comprar un televisor de segunda mano en una casa de remates, o hacerlo en el Uruguay o en Río de Janeiro? Un hombre libre tiene que poder intercambiar sus bienes con otros hombres, de su país o del extranjero. No hay razones económicas ni sociales para restringir la libertad de comercio en cualquier forma o especie concebible.

El presidente de la UIA no puede ignorar esta realidad. Él sabe que son precisamente sus colegas quienes necesitan equipos y maquinarias más modernos para poder competir y exportar. No todos puede comprar maquinas nuevas, y una máquina usada puede ser, en muchos casos, un paso intermedio hacia la apremiante competitividad.

Si una máquina usada sirve para aumentar la productividad y reducir costos, bienvenida sea, porque en definitiva los que se beneficiarán serán los consumidores, y no hay por qué suponer que los más pobres deban amparar a los ricos incompetentes.

Hay que pensar sólo en los consumidores

Es comprensible que estos industriales intenten por todos los medios salvarse a costa de todos nosotros. Lo que no es comprensible es que el gobierno arriesgue un proceso tan importante

de transformación estructural atendiendo a sus descabelladas pretensiones.

Pero menos comprensible aún es que los argentinos comunes nos dejemos convencer tan fácilmente por sus falaces argumentos.

Nadie parece defender a los consumidores. Ni siquiera las organizaciones que dicen representarlos han salido a protestar por los “cupos” de importación, las “cláusulas gatillo”, los altos aranceles, las tasas de estadística y otros ingeniosos mecanismos que benefician injustamente a una minoría empresarial, desalientan a los buenos empresarios que hoy compiten con el mundo entero y exportan cada vez más, y obligan a la mayoría de los habitantes a sufrir las restricciones y carestías propias de las economías cerradas.

EL AUTORITARISMO NO DESCANSA

Texto unificado de tres artículos publicados en los diarios La Prensa y La Capital en el año 1992

La inclusión del uso obligatorio de cinturones de seguridad, apoyacabezas y casco protector para los motociclistas en la nueva legislación de tránsito, es un triunfo de los eternos enemigos de la libertad. Mientras los liberales nos descuidamos poniendo el acento en la defensa del mercado libre, los autoritarios de siempre se enquistan en el poder y conspiran simultáneamente contra todas las facetas de la libertad individual y la dignidad humana.

Estos personajes están convencidos de que a la gente hay que mandonearla por su propio bien; nos quieren proteger desde la cuna a la tumba, como se cuida a los caballos de carrera, que tienen establo, alfalfa todos los días y veterinario gratis. La mentalidad de estas personas no puede procesar el sentido trascendente del artículo 19º de nuestra Constitución, que prohíbe a la autoridad interferir las acciones privadas de los hombres que no ofendan la moral pública ni dañen a un tercero.

Utilizan una vieja estrategia: se incorporan a los equipos de gobierno (democrático o de facto) y allí permanecen al acecho hasta que se les presenta la oportunidad de dar el zarpazo. Habitualmente se dedican a mechar cláusulas autoritarias en proyec-

tos legislativos cuya urgencia coyuntural y complejidad técnica contribuyen a que pasen inicialmente inadvertidas.

Sin ir más lejos, ¿recuerda el lector el proyecto de reforma de la Constitución de la provincia de Buenos Aires que el pueblo rechazó ejemplarmente en 1990? Pues bien, en ese proceso se produjo la intentona —por suerte frustrada— de restringir en la provincia la libertad de prensa y el derecho de propiedad.

Alfonsín ya había intentado imponer el «derecho a réplica»; en la provincia de Buenos Aires un grupo de legisladores justicialistas presentó un proyecto de ley que establecía la colegiación obligatoria para periodistas bonaerenses; y casi al mismo tiempo, en el orden nacional, Bernardo Neustadt propuso la creación de tribunales de ética para juzgar al periodismo. Por suerte todos estos proyectos para disciplinar a la prensa independiente fracasaron, aunque siguen estando en la agenda de casi todos los políticos en espera de la ocasión propicia.

En 1977, en pleno «proceso» militar, un grupo de hábiles urbanistas de izquierda elaboró y logró hacerle firmar al gobernador de la provincia de Buenos Aires, la desastrosa ley 8912, de *Ordenamiento territorial*, todavía vigente, que cercenó el derecho de propiedad de la tierra, agravó el déficit habitacional en perjuicio de los menos pudientes y generó miles de asentamientos ilegales en toda la provincia.

Algo parecido ocurre cíclicamente con la pena de muerte. La opinión sana del país rechaza terminantemente ese proyecto (aunque sólo sea por la desconfianza que inspira nuestro sistema judicial), pero sus partidarios esperan que se cometa algún crimen abominable para reflotarlo.

El derecho a la propia seguridad

Y bien, esta vez los ideólogos del látigo han tenido suerte y lograron imponer normas de tránsito autoritarias cuyo cuerpo normativo es en términos generales razonable y necesario, pero que incluye inaceptables avasallamientos de los derechos personalísimos.

¿Por qué son normas autoritarias? Porque exceden las atribuciones constitucionales del Estado, que debe limitarse a resguardar la seguridad pública y no la seguridad privada de quienes están dispuestos a exponerla. La ley debe protegernos de las acciones de los demás, no de nuestras propias acciones, porque los adultos, en tanto no atentemos contra la seguridad de terceros, tenemos el derecho inalienable de asumir responsablemente nuestros propios riesgos.

Imponer por ley el uso compulsivo de cinturones, apoyacabezas y cascos es un ejercicio abusivo del poder que cercena a los automovilistas y motociclistas la facultad de decidir por ellos mismos qué es menos peligroso, si usar o no tales elementos.

No cuestiono la efectividad de esos elementos de seguridad. Acepto que son realmente efectivos y que salvan la vida de las personas. Por eso debieran ser promocionados para que todo el mundo los utilizara voluntariamente. (Es lógico, además, que la ley obligue a equipar con estos elementos a las unidades nuevas que se venden).

Aunque debe aceptarse que no todos piensan igual. Yo conozco a una persona que sobrevivió a una colisión lateral al atinar —según su propia versión— a desplazarse de un salto al asiento contiguo cuando vio que un camión se le venía encima por la izquierda, reacción que habría sido imposible si hubiera estado sujeto a su butaca.

Tal vez este sea un caso muy excepcional y probablemente irreplicable. Pero hay gente que prefiere quedar en libertad de movimientos por la razón que sea. Algunos temen quedar atrapados con el doble correa si su automóvil se incendia. Y muchos motociclistas coinciden en que el casco les reduce la visual y la audición, aunque en este caso hay que recordarles, por si no lo saben, que la cabeza del conductor es el paraguas de una motocicleta.

Yo no digo que estas personas tengan razón. Es más, estoy seguro de que no la tienen. Pero —y quiero ser muy preciso en esto— no está en discusión la conveniencia de utilizar o no tales elementos de seguridad. Estamos hablando de otra cosa, de una cuestión filosófica de fondo: En cuestiones privadas que no afecten a terceros, cada ciudadano tiene el derecho inalienable de tomar su propia decisión.

Los malos ejemplos foráneos

No he escuchado un solo argumento valedero que refute ese sabio principio constitucional. Un abogado que trastabillaba en la discusión, salió del paso diciendo: “Todo lo que usted quiera, pero si en casi todos los países europeos y hasta en algunos estados norteamericanos obligan a la gente a usar casco y cinturones, por algo será”.

Vaya simplismo, como si el viejo mundo fuera un ejemplo digno de imitar en materia de libertades civiles. No creo que debamos los americanos, creadores del moderno constitucionalismo liberal, tener en cuenta a Europa en materia de limitaciones del poder y resguardo de los derechos individuales. Más bien ellos deberían aprender de nosotros.

Por ejemplo: en Alemania hay leyes que obligan a la gente a declarar su televisor y a pedir permiso a la autoridad para mudarse de barrio. Existen absurdos reglamentos municipales que determinan los días y horarios en que se permite podar los ligustros de las casas. ¡Hasta se prohíbe, en algunas localidades rurales, cortar el césped los domingos porque ese día es de descanso obligatorio!

Pero eso no es nada, veamos lo que ocurre en ese paraíso «socialista» que es Suecia, el país más autoritario de Europa occidental: cada ciudadano es allí un número insertado en una computadora que registra hasta los detalles más insignificantes de su vida íntima y familiar; los obreros están obligados a afiliarse a sus sindicatos si quieren trabajar, el estado puede confiscar propiedades, los padres son procesados penalmente si algún vecino los denuncia por reprender a sus propios hijos, la educación de los niños no es un derecho de los padres sino una atribución exclusiva del Estado, los contribuyentes pagan impuestos progresivos hasta del ciento por ciento de sus ganancias, la medicina está socializada y nadie puede elegir libremente un médico o un dentista, y —preste atención a esto— cualquier jovencita de 14 años, con la simple opinión favorable de la enfermera de su escuela, puede abortar sin permiso o conocimiento de sus padres.¹

¹ *Por qué salí de Suecia*, de Eric Brodin. Publicado en el N° 42 de la Revista *Ideas sobre la Libertad*, de diciembre de 1983, editada por el Centro de Estudios sobre la Libertad.

Releamos a Stuart Mill

Los que defienden el uso compulsivo de estos elementos de seguridad blanden, además de los malos ejemplos del mundo civilizado, dos únicos argumentos: 1) La finalidad altruista de salvar vidas humanas; 2) Evitar el perjuicio social que causa la imprudencia individual.

Analicemos estos argumentos. Para ello voy a recurrir al ensayo *Sobre la libertad* de ese genio del pensamiento liberal que fue John Stuart Mill:

«¿Hasta dónde puede evadirse legítimamente la libertad con el propósito de impedir el crimen o los accidentes? Si un funcionario público o cualquier persona ve que otra trata de cruzar un puente inseguro, sólo debe advertirle del peligro sin tratar de impedirle por la fuerza que se exponga a él».

Dice más adelante que sólo pueden y deben controlarse los actos de cualquier naturaleza que, sin motivo justificado, causen daño a otros. *«Ese es el límite de la libertad —enfátiza—: **jamás debe consentirse que esa libertad se convierta en un perjuicio para los demás**».*

Pero agrega Stuart Mill que ninguna persona ni el Estado pueden decir a otra criatura humana que no haga lo que quiera de su vida con el pretexto de beneficiarla.

«Esa persona es la más interesada en su propio bienestar; el interés de cualquier otro ha de ser ínfimo si se lo compara con el de ella misma. Los demás pueden aconsejar o

exhortar, pero cada persona hará lo que decida finalmente por sí misma».

Con lo cual queda desarticulado el primer argumento.

El segundo argumento sostiene que la imprudencia de un automovilista o motociclista que a raíz de un accidente sufre graves traumatismos por no haber usado cinturón de seguridad, apoyacabezas o casco protector, no solamente lo daña a él sino que causa también perjuicios económicos a la sociedad en su conjunto que deberá disponer de medios para atenderlo y hospitalizarlo.

Este es probablemente el argumento más serio, aunque también discutible a la luz de la doctrina liberal. En primer lugar, si la sociedad debiera prohibir todas las conductas humanas que le ocasionan indirectamente pérdidas económicas, no podríamos fumar, ni beber, ni bañarnos en el mar, ni salir a la calle los días invernales o los demasiado calurosos; para no hablar de otras travesuras que, aún en medio de peligros y contingencias, suelen tentar a las personas y endulzar sus vidas.

Stuart Mill pone como ejemplo a un hombre de vida disipada que por causa de sus desórdenes termina enfermo, debiendo la sociedad atender su salud y hacerse cargo de su familia abandonada. ¿Debería prohibirse por ley este tipo de conductas?

Stuart Mill analiza agudamente todas las opiniones sobre el particular y llega a una sencilla y lógica conclusión:

«Hay ciertamente comportamientos individuales que afectan indirectamente a la sociedad. Sin embargo, con relación al daño meramente contingente que una persona causa a la sociedad debido a una conducta que no viola ninguna obligación específica para el público ni ocasiona daño per-

ceptible a cualquier individuo determinado, excepto a sí misma, la sociedad puede sufrir ese inconveniente para el mayor bien de la libertad humana».

Con lo cual, creo, no hay más nada que decir.

Un fallo ejemplar y alentador

Pero hay motivos para ser optimistas. Un fallo de la Corte Suprema de Justicia de la Nación relacionado con la libertad religiosa (difundido por *La Prensa* el 16/4/93) ha venido a confirmar todos mis argumentos y encendido una luz roja para los autoritarios.

El caso es el de un joven creyente del culto *Testigos de Jehová* que se hallaba internado en el Hospital Regional de Ushuaia con un cuadro clínico de hemorragia digestiva. Los médicos que lo atendían ordenaron transfusiones de sangre a las que el paciente y sus familiares se opusieron por considerar que esa práctica médica atentaba contra los dogmas de su religión.

Los médicos del hospital iniciaron una causa judicial y lograron que un juez de primera instancia ordenara que se cumpliera la transfusión, con el argumento de que la negativa del enfermo constituía una forma de «suicidio realizado por un medio no violento». La Cámara Federal de Comodoro Rivadavia confirmó ese fallo. El paciente apeló y la causa llegó a la Corte Suprema de Justicia de la Nación.

«La libertad religiosa es un derecho natural e inviolable de la persona y, por lo tanto, nadie puede ser obligado a obrar en contra de su conciencia», sostuvo el alto tribunal en un fallo que considero ejemplar desde el punto de vista doctrinal.

En sus fundamentos, la Corte analiza los alcances de la libertad individual sobre la base de los preceptos constitucionales y deja en claro que toda persona tiene la libertad y el derecho de disponer de sus actos, de su obrar, de su propio cuerpo y de su propia vida, en tanto no ofenda el bien común ni se halle sujeta a coacción externa.

El joven testigo de Jehová que con todo derecho decidió dejar en manos de Dios su vida o su muerte, recuperó su salud y obtuvo el alta médica sin necesidad de violentar su conciencia. Médicos, legisladores, abogados y jueces deberían leer el texto completo de este fallo ejemplar y reflexionar sobre los alcances trascendentes del artículo 19º de nuestra Constitución Nacional.

Mentalidad fascista

Los autoritarios opinan que los argentinos no estamos educados para vivir en completa libertad. Yo creo que lo que nos impide vivir en libertad es la mentalidad fascista que todavía predomina en nosotros. Muchas veces nos dejamos rigorear porque nos han enseñado que marcar el paso es para nuestro propio bien.

Entre los muchos proyectos de pena de muerte, la planificación urbana, la reforma de la Constitución, la idea de establecer la colegiación obligatoria de los periodistas y tribunales de ética para juzgarlos y la imposición legal del uso de artefactos de seguridad personal hay un vínculo común que los une a una misma y vieja raíz autoritaria. Hay mucha gente influyente que le tiene miedo a la libertad y estará dispuesta a restringirla de mil maneras diferentes. Pero la libertad individual es la gran conquista de la civilización occidental, y la historia no puede retroceder.

Vivir en libertad y en democracia implica fundamentalmente conocer nuestros derechos personalísimos y salir apasionadamente a defenderlos.

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES	5
EL SÍNDROME IZQUIERDOZO	9
LA LIBERTAD COMO META CULTURAL	27
NO PUEDE HABER SOCIEDAD SIN ÉTICA, NI ÉTICA SIN LIBERTAD	33
CUANDO PTOLOMEO Y COPÉRNICO SE METIERON CON LA ECONOMÍA	39
MEDICINA MODERNA: LA EXTRAÑA ALIANZA ENTRE LA VOCACIÓN Y EL AFÁN DE LUCRO	44
LA NATURALEZA SAGRADA DE LA LIBERTAD	48
¿SOMOS INCAPACES DE VIVIR EN LIBERTAD?	55
EL MITO DE LOS MONOPOLIOS	62
“NEOLIBERLISMO”	69
ACABAR CON LA POBREZA ES UN DEBER MORAL	73
¿QUEDARÁ OTRA VEZ RELEGADA LA ARGENTINA?	79
CUANDO LA ILUSIÓN SE HACE AÑICOS	87

LAS UTOPIÁS DE LA IGLESIA	91
OTRA VEZ EL PROTECCIONISMO	98
EL AUTORITATISMO NO DESCANSA	109